

El carro de la vida

Texto homenaje

JORGE ALESSANDRO



M
V
J

colección
Narrativas
de la Memoria

EL CARRO DE LA VIDA

TEXTO HOMENAJE

colección
Narrativas
de la Memoria

Jorge Alessandro

EL CARRO DE LA VIDA

TEXTO HOMENAJE

Alessandro, Jorge

El carro de la vida / Jorge Alessandro ; director editorial: Pablo Roesler; editado por Clara Becerra; Ramon Oscar Inama; diseñado por Luciana Civit; prólogo de Matías Facundo Moreno ; Julián Axat. - 4a ed. - La Plata : MEVEJU, 2023.

110 p. ; 20 x 13 cm. - (Narrativas de la Memoria ; 1)

ISBN 978-631-90009-4-8

1. Dictadura. 2. Memoria. 3. Derechos Humanos. I. Becerra, Clara, ed. II. Inama, Ramon Oscar, ed. III. Moreno, Matías Facundo, prolog. IV. Axat, Julián, prolog. V. Título.

CDD 323.044



©2023, Alessandro, Jorge.

Todos los derechos reservados

Editorial MeVeJu, 2023.

ISBN 978-631-90009-4-8

100 ejemplares

Impreso por el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires

Impreso en Argentina

Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Provincia de Buenos Aires ; Editorial MeVeJu, 2023.

Subsecretaría de Derechos Humanos de la provincia de Buenos Aires

Calle 53 N°653 esq. 8

La Plata, Buenos Aires CP 1900

(221) 4893960/63

editorial.meveju@gmail.com

PRÓLOGO A LA 2º EDICIÓN

Los hechos que narra *El carro de la vida* son reales. Pero además de eso, son parte de nuestra historia, la de mujeres y hombres que tenían el sueño de una patria para todos y todas, de un país en el que el pueblo viva con dignidad. Este texto homenaje de Jorge Alessandro relata una de las tragedias que causó el terrorismo de Estado en La Plata, pero que se ilumina con un rayo de amor, esperanza y solidaridad.

En la Subsecretaría de Derechos Humanos de la Provincia de Buenos Aires decidimos reeditar este libro cuando ya se cumplieron más de diez años del juicio por el Circuito Camps, en el que se condenó a los culpables de diezmar la familia Santucho en un brutal ataque en las afueras de La Plata. Un juicio que envió a prisión a quienes secuestraron y desaparecieron a Mónica, la hija mayor de la familia, que tenía apenas 14 años.

En *El carro de la vida* Jorge recupera la memoria de los que no están pero también da cuenta del contexto de aquellos años, de la militancia y la solidaridad, de héroes anónimos de carne y hueso que salvaron vidas arriesgando la propia.

Estas historias permanecen en la memoria de las y los bonaerenses, y por ello es tarea del Estado provincial promover, recuperar y difundir esa memoria. Sobre todo en estos momentos, en que estamos cumpliendo 40 años de democracia. Porque un pueblo con memoria es democracia para siempre.

Matías Facundo Moreno

Subsecretario de Derechos Humanos de la Provincia de
Buenos Aires

La memoria es la gran barricada
Mauricio Rosencof

PRÓLOGO

LOS CARRUAJES

Y LA MEMORIA DEL TIEMPO

POR VENIR

Mirando las estrellas el hombre ha imaginado mundos y figuras. El *carro* es una de ellas.

Cerca de la Osa Mayor, guía de los antiguos marineros en alta mar, los viejos mapas estelares muestran la constelación de Auriga como un hombre sujetando las riendas de un caballo en su mano derecha y cargando con su brazo izquierdo a una cabra y dos pequeños niños.

Pero la imagen del carro estelar es reminiscencia de la leyenda del *Caballo de Troya*, aquel del que habla Homero en *La Odisea*. Verdadero *carro gigante de madera* usado como artilugio por los griegos para introducirse en la ciudad fortificada, sin saber que en su interior se ocultaban varios jóvenes soldados, quienes al salir abrirían los pórticos para permitir la entrada del ejército griego, provocando la caída definitiva de Troya.

Elzbieta Ficowska, nació en el gueto de Varsovia el 5 de enero de 1942. Los niños nacidos durante el gueto estaban condenados a una muerte indudable. Elzbieta tenía cinco meses cuando su madre la metió en una caja de madera con agujeros para que entrara el aire, y sacada del gueto en un carro tirado por un

caballo, junto con un cargamento de ladrillos, manejado por el hermanastro de su madre que era constructor y contaba con un permiso para entrar y salir del gueto. Elzbieta aún vive, su destino no fue Auschwitz. Muchos años más tarde, una madrugada de 1976, “un negro, un colorado y dos pájaros (un cuervo y un gorrión), en un viejo carro de verdulero tirado por un alazán” salvan a dos niños de las garras del terrorismo de Estado argentino. Este libro es la historia de ese rescate, que es a la vez la de todos los rescates y salvaciones en carruajes que guían, trasladan vida, evaden el infierno y conducen a más vida. El monstruo no sabe de carros, eso lo sabe Jorge Alessandro que descubre la anécdota, la descompone en preguntas; lo hace como militante, historiador, cronista, padre y compañero.

Así como en la gota negra de un siniestro mar negro que alucinaron los poetas malditos está todo el Mar Negro; en la anécdota que cuenta Jorge está explicado toda negrura del genocidio y viceversa. Alejandra y Juan Manuel viajan, todavía, dentro de aquel carro, como también lo hacemos nosotros o nuestros padres desaparecidos, hacia un destino incierto. Pero sí con la certeza que brinda el desplazamiento metafísico de la memoria, la escritura de un tiempo por venir.

Julián Axat

Noviembre de 2012

AQUELLAS RABONAS

Todos en el barrio le decían el *Coloradito*.

Todos menos doña Elba, su mamá, a quien poco, casi nada, le gustaba que a su hijo lo llamaran de ese modo. Ella le había puesto Miguel, en recuerdo de su padre y no podía admitir que lo llamaran por un apodo.

El *Colo* era de los pibes que solían ratearse cada tanto de la escuela. En realidad no le gustaba ir, mucho menos cuando tenía clase de matemáticas y para eso, no había nada mejor que una buena rabona.

En esas ocasiones alternaba entre varios refugios de su barrio, porque “había que aguantarse las cuatro horas bien escondido, para que no te viera alguna maestra de “la 41”, un vecino que podía alcahuetear, o peor que eso, tus viejos. Un día me descubrieron y mi viejo me pegó una biaba bárbara”. Una posibilidad era ir al arroyo a pescar tarariras, disimulando la presencia con algunas ramas o a la sombra de los sauces, talas y esos enormes eucaliptus que crecían en las márgenes de aquel curso de agua a salvo aun de la futura contaminación. Pero el tiempo parecía detenerse allí.

Las horas, hasta el final del turno tarde, se hacían interminables y de algún modo, esa opción, pese a las bucólicas circunstancias, le resultaba un tanto aburrida.

Por eso, él prefería ir al boliche de Varano, una suerte de almacén de ramos generales que por la tardecita habilitaba también un despacho de bebidas que se llenaba de parroquianos. En su mayoría eran changarines de las quintas que pasaban a tomar una copa al concluir su jornada.

En cambio, a esa hora casi no iban clientes y entonces él se podía quedar allí tranquilo. Pero lo más importante era que tenía el único televisor del barrio, uno de aquellos en los que se veía en blanco y negro y aunque la imagen no siempre era muy nítida y había que andar moviendo la antena a cada rato, el aparato alcanzaba y sobraba para no aburrirse y pasar la tarde.

Allí solía quedarse entonces, mirando sus series favoritas, las de acción, que pasaban durante la tarde.

Una se llamaba *Las aventuras de Rin Tin Tín* y cuyo protagonista era un perro pastor alemán, mascota del regimiento 101 de la caballería del Fuerte Apache de los Estados Unidos.

Otra era *Los Jinetes de Mackenzie*. Una tira también estadounidense sobre hechos reales de la *milicada* del 4to. Regimiento de Caballería en el Fuerte Clark de Texas, que en 1878, bajo las órdenes del Coronel Mackenzie y con el pretexto de custodiar la frontera, se dedicaba a perseguir mejicanos y a eliminar aborígenes comanches y wichitas.

Sin embargo, la que más lo entusiasmaba era *Combate*, en el canal 13, uno de los cuatro canales que había en esa época. En este caso se trataba de episodios sobre la Segunda Guerra Mundial, en el período posterior al desembarco de las tropas de los Aliados, en Normandía, en junio del 44 y hasta la liberación de París. Estaba producida desde la estereotipante mirada *hollywoodense* y se centraba en la acción del segundo pelotón de la Compañía K norteamericana, liderado por el recio sargento Saunders, en la piel del actor Vick Morrow.

“Una de las escenas más buenas era esa cuando los resistentes franceses pasaban por delante de las narices de los nazis, escondidos en un carro, debajo de fardos de pasto. ¡Qué capos eran esos tipos!” recordaría con adolescente entusiasmo. Se refería al ingenio de los grupos de la Resistencia Francesa, ese verdadero ejército en las sombras, en particular los de la zona de la campiña montañosa, durante la ocupación alemana, para evadir los controles de los soldados de la Wehrmacht o de las fuerzas del Régimen colaboracionista de Vichy. Aquellos valerosos, que no sólo por su nombre eran verdaderos *Voluntarios de la libertad*, o los pertenecientes al grupo *Défense de la France* que se arriesgaban a ser descubiertos y asesinados allí mismo o deportados, como tantos, a los campos de concentración de Buchenwald en la colina de Ettersberg, cerca de la ciudad de Weimar, o a Dachau.

El *Colo* se imaginaba protagonizando él mismo una de aquellas epopeyas. Se veía disfrazado de partisano, cubriendo su cabeza con una inmensa gorra, o una boina vasca, sobre el pescante de un carro, cruzando un retén nazi y burlando en las propias narices de la temida oficialidad alemana todas sus medidas de seguridad, trasladando una peligrosa carga, que podían ser desde alimentos para los resistentes, armas, explosivos, o incluso un maquisard escondido.

Años más tarde, en otras circunstancias, que él estaba lejos de poder imaginar durante su tiempo de escolar, volvería a recordar aquellas imágenes.

LA CASITA

Delimitado por la única calle asfaltada que al mismo tiempo era la vía para llegar hacia el oeste y recostado sobre el arroyo, el barrio era apenas una descampada geografía, ganada por pequeñas parcelas, entre calles de tierra. Salpicadas como semillas arrojadas al viento que habían germinado donde la naturaleza lo dispuso, el conglomerado de casas, la mayoría muy humildes, unas de chapa y otras de madera, todas cercadas apenas con alambre, sobrevivía airoso a las inclemencias del tiempo. Unas pocas viviendas de ladrillos, las menos, construidas de a ratos, en sucesivos francos y feriados, a medida que el jornal daba para comprar ladrillos, completaban aquel escenario de la periferia.

La habitaban, mayoritariamente, familias de quinteros que las cultivaban para su propio consumo o bien comercializaban sus productos en el mercado regional. Otras, criaban pequeños animales que luego vendían a los carniceros de la zona.

En una de aquellas modestas casitas de material, sobre la que pretenciosamente los vecinos llamaban calle y otros tan solo y más ajustadamente una *huella*, a escasos metros del arroyo, vivían la *Pichu* y el *Chile*.

Originalmente la propiedad había pertenecido a los padres del *Chile*, quienes habían venido del sur patagónico. Cuando la

madre enviudó, siguió viviendo un tiempo con la pareja, pero después se fue a vivir a otro lado y les dejó la casa a ellos.

La *Pichu* era bajita, de ojos claros, muy alegre, siempre parecía verle el lado positivo a las cosas y así vivía derramando optimismo. El *Chile*, en cambio, era más formal y parecía muy serio. Pero era un tipo muy agradable y cordial. Era un *morochazo* de pelo lacio renegrido, peinado siempre para atrás, muy pintón, que tras esa aparente sobriedad, escondía una gran ternura que lo hacía muy sobreprotector. Y ella, *metejoneada* -así lo llamaban en ese tiempo- cual adolescente frente a su príncipe azul, disfrutaba de la combinación de aquellas dos condiciones.

Se conocieron allí, en el mismo barrio y después de un corto noviazgo se casaron en octubre del 75, en la pequeña parroquia de la zona. Ambos eran muy jóvenes, ella no pasaba los 17 y él tenía sólo 19 años. Una fotografía rescatada posiblemente de un viejo álbum familiar celosamente guardado, conserva un fiel retrato del momento tan feliz. *Pichu* con su vestido nuevo, de color celeste claro, su cabello delicadamente peinado y tomado con una cinta blanca y con un ramito de flores en las manos. El *Chile*, con su traje gris, camisa celeste y esa corbata bordó, con arabescos negros, que es muy probable no haya vuelto a usar.

Durante algún tiempo, el *Chile* había trabajado en una empresa de electricidad y también se había dedicado a la reparación de motos en un pequeño taller que había armado en el fondo de la casa. Otras veces, cuando la demanda aflojaba, alternaba con algunas changas, pero desde hacía unos meses, por intermedio de su suegro que era oficial de la policía, había entrado en una agencia de seguridad privada. Allí cobraba un sueldo fijo y eso les permitía vivir algo mejor.

En tanto la *Pichu*, había comenzado a trabajar como mucama en un hotel alojamiento de la zona. También tejía a máquina ropa para bebés. El *Chile* solía darle una mano y en ese caso su

especialidad era pegar los adornos. Realmente era muy festejado cada vez que se lo veía cosiendo aquellas rositas tipo rococó que quedaban tan bien en escarpines y batitas.

Ambos eran peronistas y como tantos en la zona, se habían sumado a las huestes juveniles, aquellas a las que durante años, desde su exilio madrileño el viejo líder había estimulado en cartas y discursos.

Uno de los más recordados era aquel mensaje de diciembre de 1962 en la que les había dicho: “Dentro del Movimiento Peronista, la Juventud representa su futuro, es la garantía de su triunfo y la seguridad de su destino. Por eso, ya en 1951 dije desde los balcones de la Rosada que la JP debía tomar nuestras banderas y conducirnos al triunfo final”, o ese otro del 23 de febrero de 1971, cuando inauguró aquel término que durante tanto tiempo los enaltecía: “Tenemos una juventud maravillosa, que todos los días está dando muestras inequívocas de su capacidad y grandeza”.

Juventud maravillosa los había llamado Perón y para ellos era colocarlos en un lugar muy alto en la consideración pública y mucho más al interior de aquella inmensidad tan abarcativa que era el Movimiento.

Después, también llegó el elogio y hasta el estímulo a lo que él llamaba “formaciones especiales”, para referirse a las organizaciones armadas que habían comenzado a aparecer públicamente a principios de los 70.

¡FAP, FAR y Montoneros, son nuestros compañeros! fue la consigna que comenzó a difundirse con la misma masividad con la que ganaron las calles cuando la política se metió por todos los rincones y los jóvenes disputaron con sus marchas el espacio público.

Por eso cuando de la mano del activismo juvenil del peronismo empezaron a abrirse locales partidarios, *Pichu* y *Chile*,

comenzaron a participar en una Unidad Básica ubicada sobre la calle principal, que era la vía más usual para ingresar al barrio.

Era un local cuya denominación tenía una fuerte impronta local. Honraba a un pibe de un barrio cercano, de tan solo 17 años, también militante peronista, que había sido asesinado por la represión policial en el año 1972. Fue durante un acto realizado en una localidad del conurbano, cuando recordaban a dos dirigentes fundadores de los Montoneros, muertos también por una partida policial en una pizzería de esa zona. Se llamaba Ramón Cesaris.

Cuando los jóvenes imponían el nombre de sus compañeros caídos a sus locales, no hacían sino recoger una larga tradición del peronismo que homenajeara y recordaba a sus propios mártires, y que comenzó también a ser incorporado por ellos a su propia simbología.

En aquella misma Unidad Básica militaban Pedro, el *Gordo* Carlos y otro flaco del barrio que después ingresó a la Policía. En la zona, muchos jóvenes de familias humildes solían encontrar en la fuerza policial una fuente laboral que les permitía acceder a una cierta regularidad en sus ingresos y antes que por vocación, aquella otra razón era lo que pesaba a la hora de decidirse a entrar.

El *Chile* llegó con el tiempo a ser el “responsable” de aquella U.B., término que en el lenguaje interno, se usaba para definir de algún modo la jerarquía más elevada de entre los activistas y militantes.

FORTINES PERONISTAS

La euforia de los jóvenes peronistas, liberada por el entusiasmo que habían desplegado en plena campaña por el retorno de Perón, se vio ciertamente empalidecida por muertes como la de aquel militante del barrio vecino.

Sin embargo, ello no obtuvo el crecimiento del sector, bajo la dinámica movilizadora de aquella épica que llamaron “luche y vuelve”. Por eso sus locales se fueron multiplicando a medida que avanzó el año 1973 y en sus consignas identificadoras acentuaban orgullosamente su configuración etaria. Ellos eran de la *jotapé*.

Toda la zona acompañó ese crecimiento en un clima de ascendente efervescencia popular y en sus actos y movilizaciones lo reflejaban con orgullo: “Hoy las casas y talleres son fortines peronistas” gritaban a viva voz.

En los alrededores, los muchachos habían abierto otra *básica*. Esta recordaba a otro joven, cordobés, estudiante de agronomía. Un montonero que había sido asesinado el 22 de agosto del 72, cuando la Marina masacró a 16 presos políticos allá lejos, en el páramo patagónico de Trelew, donde se erigía la Base Almirante Zar. Se llamaba Mariano Pujadas y allí militaba el *Flaco Mito*, hasta que la U.B. se disolvió y pasó a otra.

Y tan sólo a unas cuadras, en ese caserío que lindaba con el terraplén de las vías del viejo ferrocarril provincial y el arroyuelo

que a partir del puente de fierro ingresaba entubado a la ciudad, había comenzado a funcionar, a mediados del 73 otra que llamaban la *Quispe-Simona*.

Esta otra denominación, rendía tributo a dos militantes peronistas que habían muerto baleados por los disparos de la derecha peronista el 20 de junio en Ezeiza, en ocasión del regreso de Perón. Ese día que quisieron mostrarle al Viejo que a la hora de movilizar ellos eran los más capaces y los fachos de mierda empezaron a los tiros y la fiesta se fue al carajo.

Uno de los nombres recordaba a Antonio, un residente peruano de ese mismo barrio, que entre el activismo era conocido como Raúl.

Había llegado desde su país de origen, junto a sus otros dos hermanos, Roberto y Alejandro, como tantos de sus connacionales que desde mediados de los 50 habían venido, en masivos contingentes a continuar sus estudios universitarios. Muchos, después abandonaron sus respectivas carreras y no obstante, se afincaron y continuaron viviendo en la ciudad. Aquí formaron sus familias y en este suelo nacieron sus hijos. Por eso se sentían tan argentinos como el que más y se incorporaron a las luchas de su pueblo contra la dictadura.

Ese fue el caso de los hermanos Quispe. Todos se habían incorporado a la militancia política a fines de aquella década. Incluso Antonio llegó a tomar contacto con el *Chato* Peredo, quien acompañó con sus hermanos Inti y *Coco* al Che Guevara en la guerrilla boliviana de la sierra de Ñancahuasú. De allí su vinculación posterior con las FAR.

A Antonio lo balearon desde el palco en donde aquel día debía hablar Perón pero que en cambio habían copado los matones. Murió en un hospital del conurbano. Fue velado en el local central de la JP y luego sus restos fueron acompañados por una multitud hasta el cementerio.

El otro nombre se había instituido en recordación del *Beto*, Alberto Simona, otro militante, en este caso de la zona norte del conurbano, también muerto en los bosques de Ezeiza, bajo las balas de la derecha peronista.

La propia María Antonia Berger, sobreviviente de Trelew -recordaban- lo había homenajeado durante su velatorio: “Hoy estamos con bronca y tristeza *Beto*, bronca porque te perdimos, tristes porque nos destruyeron el marco de alegría que el pueblo había preparado para recibir a nuestro General Perón. Son 18 años preparando el regreso, 18 años de persecución y tortura, 18 años que el General Perón nos señala al enemigo y que ahora, en una emboscada, estudiada y realizada por esos que se dicen peronistas, consiguieron lo que el enemigo de afuera también esperaba: impedir que el General Perón estuviera con su Pueblo a su llegada definitiva a la Patria”.

Si bien todos los locales se reconocían parte del Movimiento, aquellas Unidades Básicas de los barrios que quedaban en las afueras de la ciudad tenían impresa esa característica muy especial que les daba el origen social de la mayoría de sus integrantes.

Aunque solían venir algunos militantes de afuera, en su mayoría eran pibes que habían nacido y se habían criado en las cercanías, se conocían desde chicos, habían compartido los partidos de fútbol en los baldíos de la zona, concurrido a la misma escuela, a los mismos bailes en los clubes cercanos y hasta compartido, cuando no disputado, la simpatía de alguna piba del barrio. Eran parte de aquellas historias construidas compartiendo mucho de su propia pobreza, de ausencia de juguetes caros que se suplían con una pelota usada, con una buena gomera, o con barriletes contruidos con las cañas que crecían junto al arroyo, pegados con engrudo y hechos de papel de diario. También de desencuentros provocados por reconocerse parte de distintas pasiones futboleras expresadas en aquellos fabulosos “barrio contra

barrio” a los que solo el peronismo, en esos locales barriales, les había ofrecido un espacio para la tregua.

Ese fue el caso de Huguito, a quien le decían *Ho Chi Min*, por su parecido con el legendario jefe de la guerrilla vietnamita que había derrotado a los yanquis. Era un tipo muy valorado por su capacidad para afrontar el laburo, el estudio y la militancia política, con similar nivel de exigencia y compromiso. *Gordo bonachón*, fue abanderado de su Escuela, trabajaba de albañil mientras cursaba el colegio secundario en el *Industrial* y fue el primero en su familia que logró acceder a ese nivel educativo.

Otro era *Nenú*, un petiso bastante pícaro, que se crió en ese barrio. Era pariente de los Quispe, a través de los cuales durante un tiempo había mirado de reojo el mundo de la militancia, admirando a aquellos jóvenes universitarios con ideas revolucionarias. Estudiaba también en el Colegio Industrial y al mismo tiempo trabajaba en la sección de montaje de una empresa petroquímica de la zona. Hasta mediados del 73, pese al clima de época, todavía no se había decidido a comenzar a militar, porque “no la veía muy clara” y solo lo hizo “después de lo que le pasó a Antonio y le pusieron su nombre al local”.

Dicharachero como era, se ufanaba que en aquella zona, los locales peronistas se esparcían por todos lados y se entusiasmaba recordando casi de memoria sus nombres y hasta a algunos de los compañeros de cada una de ellas. Esa misma memoria que le permitió improvisadamente, pero manteniendo una fidelidad asombrosa dibujar en una servilleta de papel, un plano de aquel lejano cuadro de situación.

Allí figuran la *Emilio Maza*, donde militaban Oscar, el *Negro Julio*, quien llegó a ser custodio del Gobernador, la *Negra Susana*, también Jorge, Néstor y María Rosa, la *Astudillo*, en donde supieron militar la *Flaca Norma* y su hermana Susana, Carlos, el *Melena*, *Cachito* y también estaba el *Metra*, que llegó de la

Maestre para hacerse cargo; la *Obregoso*, donde participaba *Cachorro*; la *Burgos-Escribano*, donde militaban el *Gardi*, su compañera la *Flaca Maca*, el *Cuervito*, *Alicia*, la compañera del *Sanjua*, Marcelo, el *Cabeza*, *Juancito*, *Cuky*, *Lucho*, *Juano*, *Charo*, el *Baluart* y *Juancito Burgos*; la otra *Quispe*, en el barrio de mas allá, y señalaba hacia el oeste, donde estaban el *Gordo Quique*, *Tito* y su hermano *Pocho*, Mary, el *Viejo Napo* y el *Pato*; la *11 de marzo*, que funcionaba en la casa del *Viejo Carlos* y donde activaban Marta su mujer, *Alicia* y el *Oso*, donde luego se sumaría el *Flaco Héctor*; la *Héroes de Ezeiza*, donde se había incorporado Roberto, uno de los hermanos *Quispe* y también participaba Esther, su mujer. La de más al fondo era la *Taco Ralo*, con la *Negra Dolores*, Mercedes, Ramón y *Pocho*, y la *Camps*, donde militaban Jorge, apodado el *Sátiro*, su compañera María Esther, el *Colo*, Mario y el *Sodero*. En la *Maestre*, en tanto estaba el *Bebe*, el *Negro Juan Carlos*, el *Metra*, *Tate*, el *Pato* y el *Viejo Jorge*. Finalmente, la *Lisak*, una de las primeras de la zona, tuvo entre sus militantes a *Rodi* y a Jorge.

En verdad, todos ellos se reconocían tributarios de aquella primera Unidad Básica, la *Evita*, que inicialmente había comenzado a funcionar en el garaje de la casa de *Sosita*, un viejo resistente, vecino de la zona, en las cercanías de la fábrica de envases de lata. En ese local, a mediados del año 72, en plena campaña por el retorno de Perón, les habían abierto las puertas a las huestes montoneras merced a la relación con su fundador: don Esteban, un criollo venido de un pueblo del interior bonaerense, contador de historias de arreos y emblemático forjador de una familia de reconocidos militantes y dirigentes peronistas como *Lalo*, *Amancio*, *Babi* y el *Negro*. Algunos de ellos supieron formar parte de los primeros grupos juveniles en los inicios de la resistencia peronista, y hasta fueron presos por aplicación del Plan Conintes durante el frondizismo.

Fue a partir de allí, de ese local, que comenzó aquella epopeya de militancia barrial juvenil que se diseminó por toda la zona, enhebrando en una arrolladora orgánica política cada una de las U.B. barriales.

Locales cuyos nombres, en general evocaban a sus compañeros muertos en distintas circunstancias, constituyendo un dato destacable de gran parte de la simbología peronista. En realidad, esa modalidad de recordación apropiada desde los años de la resistencia por aquella tradición política se había actualizado en este otro tiempo con referencias más jóvenes.

Porque “en este país, la sangre siempre la pusimos los peronistas” afirmaban, desde un orgullo macerado con doloridos recuerdos.

A mediados del año 74, los militantes de la JP habían decidido darle un nuevo formato a su estructuración orgánica territorial. Hasta ese momento se había asentado sobre la delimitación geográfica de dos secciones electorales, la 5ta. y la 7ma. y que a partir de ese año se fusionaron en una sola. Por eso desde ese momento, pasaron a llamarla “la 57”.

Aquella modalidad, aprobada en un acto que terminó con más de un centenar de activistas presos como consecuencia de una redada policial, derivó no solo en una mayor relevancia política a su *Concejo de Unidades Básicas*, sino también una mayor cohesión y sentido de pertenencia a sus militantes. Y ellos se enorgullecían de formar parte de ese *bastión peronista*.

Por eso *Nenú*, en una original asociación con el recuerdo de los masónicos arquitectos que en el siglo anterior habían diseñado la ciudad, le reservaba a la militancia de la 57 un lugar en la historia, y se vanagloriaba afirmando: “Si ellos fueron famosos porque previeron una plaza cada seis cuadras, nosotros hicimos algo muy parecido con nuestros locales”.

Y hasta se daba el lujo, para delicia de sus interlocutores, de mofarse concluyendo: “Aquel plano fundacional tenía mucho de innovador, pero era bien *afrancesado* en su espíritu, en cambio, el nuestro era símbolo de *barrio y argentinidad*, enclaves de sueños, propuestas y militancia...” Símbolo de *barrio y argentinidad* seguirá repitiendo cada vez que se refiera a sus viejos compañeros y vaya desgranando recuerdos que recurrentemente convocarán a la emoción, impidiéndole cada tanto, seguir hablando. Solo allí, en esos instantes, guardará un breve silencio, tragará algo de saliva y después podrá seguir con su meticuloso relato.

Recordará también, que él mismo había sido uno de los que se llevó la redada de la Policía, en el acto en el que conmemoraban un nuevo aniversario de la masacre de Trelew.

Aquel que celebraron en el mítico local de la *Vaca Echada*, denominación bizarra que usaban para referirse al Centro de Fomento, Cultural y Deportivo *El Porvenir* (la leyenda popular cuenta que el día de la inauguración, cuando iba a comenzar el baile, una vaca que pastoreaba en el terreno lindero, paso el alambrado y se echó en la pista). O de lo poco que quedaba de él en aquellas deterioradas instalaciones, pero que sin embargo se les había ocurrido el lugar ideal para aquella ocasión.

Una versión complementaria de aquel episodio le encuentra una posible explicación a lo sucedido en aquella oportunidad: “No imaginábamos que iba a caer la yuta con todo, a lo sumo pasaría, jodería un poco y después se iría. La otra alternativa era que pasaran los fachos, pero para eso sí estábamos preparados. Lo que sucedió fue que a unas cuadras estaba construyendo su casa un burócrata sindical del gremio de la Construcción y uno de los custodios, al ver tanta gente se asustó y llamó a la cana. Un tiempito después se la dinamitaron...”, agrega después el exégeta con una sonrisa pícaro.

En aquella zona de la periferia, como en otras, los jóvenes, habían tratado de disputar la representatividad política con algunos dirigentes más viejos y fundamentalmente ligados a lo que se conocía como la ortodoxia peronista.

Ellos, en cambio, los llamaban *burócratas*, personalizados por los también denominados punteros barriales, calificación a la que asignaban una connotación absolutamente peyorativa.

Para los muchachos, la pelea no era sólo por demostrar quién expresaba mejor la identidad del peronismo en el *territorio*. La disputa se centraba en el modo de entender el activismo político, de asumir la práctica política. Y así lo señalaban en sus documentos internos: “en los barrios y villas vive el pueblo, y debemos trabajar para alcanzar sus mejores niveles de organización para exigir la solución de sus problemas: vivienda, calles, hospitales, escuelas, agua y luz... sin organización territorial de las masas es imposible fortalecer el poder popular”.

Por eso se esforzaban por diferenciar sus propias prácticas, vinculadas a la idea de generar organización política y social, con las de aquellos otros, a los que le atribuían solo manejos personalistas, burocráticos y por lo tanto individualistas. Y cuando la cosa pintaba un poco más intelectual, decían lisa y llanamente que eran “unos viejos liberales”.

De ese modo combinaban las tareas sociales en clubes, salitas médicas y sociedades de fomento, con la prédica política en sus locales partidarios. En no pocos lugares, las tareas se hacían también en las parroquias del barrio, en acuerdo con algún curita, en general joven, que adherían a la Teología de la Liberación y se reconocía parte de esa iglesia que había hecho una opción preferencial por los pobres.

El empeño mayor era llegar a cada casa del vecindario, siempre con las revistas de la JP o algún volante como instrumento mediático de vinculación. Para ellos la prensa era una herramienta

fundamental del trabajo político y siempre estaban bien provistos de los materiales necesarios.

Y a partir de allí, no paraban hasta generar esa suerte de nexo político, pero también afectivo, que, en el barrio, tras los primeros mates compartidos, los convertía en *los muchachos de la UB* o *los pibes de la JP*.

Generar organización barrial para construir poder popular había sido su consigna rectora en los años que precedieron el retorno del peronismo. Y una vez recuperado el gobierno siguieron desarrollándola, para tratar de apoyarlo y fortalecerlo.

La consecución de esos postulados había estado acompañada de sacrificios y en tantos casos de mucho riesgo y hasta heroísmo. Se sentían estimulados tanto por el ejemplo de sus predecesores, los de la época de la *resistencia*, como por la dilatada aspiración por la recuperación del gobierno “para el Pueblo y para Perón”.

Pero aquella experiencia, la del gobierno popular, duró muy poco.

La renuncia del Tío Cámpora, las primeras diferencias con el Líder, la sensación de desconcierto después del 1 de mayo del 74 cuando los trató de imberbes y decidieron abandonar la Plaza de Mayo, el desamparo tras su muerte dos meses después y sus enfrentamientos con el *brujo-vandorismo*, al que definían como la punta de lanza de los enemigos del pueblo peronista, fueron para ellos el preanuncio de futuras y mayores complicaciones.

Después, los ataques provenientes de los grupos parapoliciales de las Tres A, tanto a militantes como a sus locales, los obligaron a cerrarlos progresivamente, hasta que orgánicamente decidieron una controversial *clandestinización*.

La mayoría de ellos había desarrollado sus prácticas políticas desde siempre en la zona, incluso muchos eran conocidos desde antes de incorporarse a la militancia, por sus relaciones sociales, laborales o deportivas. Porque allí habían nacido y crecido.

Aquella medida entonces dificultó bastante la continuidad de su militancia al limitar su capacidad de llegada y vinculación con los vecinos y hasta representó un cierto retroceso en su práctica política.

Por su parte, el avance de la derecha del peronismo y en particular el progresivo deterioro de la gestión de un gobierno ganando cada vez más por la influencias del lopezrreguismo, continuó cambiando las cosas de un modo rotundo.

La situación comenzó a ser muy distinta de lo que muchos habían soñado y las posibilidades de una recuperación de parte del gobierno se tornaban cada vez más efímeras.

El golpe de marzo de 1976 obturó toda posibilidad al respecto y dio inicio a una nueva dictadura que descargó su furia implacable sobre la población. En particular sobre los sectores populares, afectando gravemente también las condiciones para la militancia política.

En algún momento alguien se había animado a llamarla ciudad de la conciliación nacional. Esa fue una de las denominaciones que se le adjudicaron cuando pasó a tener su mayor relevancia en la política nacional y se constituyó en el emergente de un acuerdo que pretendió culminar años de desencuentros.

Pero ahora la barbarie terrorista ejercida desde el propio Estado, con fundamento en la defensa de “los valores del occidente cristiano”, se descargaba en ella con particular violencia en su periferia, esa geografía marginal por donde se extendían las barriadas populares. Es que allí precisamente vivían las familias de obreros y trabajadores que en sí mismo o como orgullosa continuidad resumían una larga y prolífica historia de luchas políticas y sindicales en la región.

NUEVOS MORADORES

Para el mes de noviembre del 76, nuevos moradores llegaron para habitar aquella pequeña casita aledaña al arroyo.

En verdad, se sumaron a la familia de la *Pichu* y el *Chile*, que desde hacía unos pocos meses se había agrandado por la llegada de Juan Manuel, el primogénito.

Catalina tenía treinta y cinco años y Rubén andaba por los cuarenta. Fue la notoria diferencia de edad con los recién llegados, lo primero que advirtieron los anfitriones. Se trataba de compañeros más grandes. Pero, además -ellos lo sabían- tenían niveles muy superiores de responsabilidad política.

Eso y las condiciones por las que debieron amontonarse, les inspiraba mucho respeto.

Por lo demás, aquello de amontonarse o de “amontonarse” -también se decían- no era otra cosa que lo que todos habían comenzado a profesar desde hacía un tiempo. Ellos eran quienes habían decidido emular a aquellos otros que en el siglo anterior peleaban de a montones.

La nueva pareja venía acompañada de sus tres hijos. Mónica de trece años, Alejandra de diez y Juan Manuel, el menor, de dos años.

La mudanza fue una más, de un largo periplo que había comenzado en aquella ciudad del sur bonaerense donde ambos se habían conocido y vivieron desde principios de los años sesenta.

Ella era porteña de nacimiento pero había vivido desde muy joven allí. Él en cambio, había llegado desde un pequeño pueblo que se había constituido a fines del siglo pasado en torno a una estación del ferrocarril del Sud y Oeste, para hacer la colimba y después se quedó a vivir.

Tucho, como también lo llamaban recortándole una parte de su apellido, había tenido una vida de mucho esfuerzo. Provenía de una familia humilde y desde muy joven tuvo que salir a trabajar, alternando varias ocupaciones en general vinculadas a las tareas rurales de su pueblo de origen. Después, definitivamente radicado en el sur, alguna vez condujo un carro, recogiendo cosas que las familias desechaban y que luego él revendía. Aunque la mayor continuidad laboral la tuvo una vez que ingresó a trabajar como estibador en el puerto, hobreando bolsas.

Cargar o descargar aquellos inmensos barcos que llegaban y salían, en extenuantes jornadas de trabajo a merced de los ritmos que imponían las patronales era realmente un laburo de hombres rudos, que requería de mucho esfuerzo. También de mucha habilidad para sortear cierta peligrosidad, de la que aquel trabajo no estaba exento y los accidentes laborales eran frecuentes.

Tenía además una modalidad particular, que le agregaba mayor sinsabor: la discrecionalidad de los capataces. Ellos se reservaban, en cada jornada la decisión de elegir de modo arbitrario quién trabajaba y quién no, lo que le adosaba al rubro una cierta dosis de inestabilidad laboral.

Pero no existían muchas posibilidades, había que parar la olla y aquel morocho simpático y tanguero, recitador de poemas de Gagliardi, supo apechugarla entre pistines y changarines.

Allí en el puerto, *Tucho* junto a sus compañeros logró organizar un sindicato, al que denominaron Asociación de Trabajadores Portuarios, para defender la situación de los laburantes, su

régimen laboral, las condiciones en que se debían realizar las tareas y también la cuestión de los salarios.

Al poco tiempo fue nombrado delegado y progresivamente fue también revelando una ascendencia natural entre los suyos, lo que le otorgó una connotada representatividad. Por eso, más adelante fue designado al frente del gremio, con el cargo de secretario general. Fue cuando pasaron a ser una delegación del Sindicato Unidos Portuarios Argentinos, aquella entidad que bajo la combativa conducción del histórico Eustaquio Tolosa, supo enfrentar con prolongadas huelgas la dictadura de Onganía.

Eso lo hizo mucho más conocido en la zona de la Nueva Liverpool, como se llamaba también a aquella región portuaria cargada de anécdotas de luchas obreras. Una historia que había arrancado a principios del siglo cuando la policía había reprimido las huelgas de trabajadores, en su mayoría anarquistas, muchos de los cuales cayeron bajo las balas de los custodios del orden.

Catalina por su parte, provenía de una familia de descendientes de alemanes que habían llegado al país en un contingente de colonos de esa nacionalidad, escapando de la guerra europea.

Con el tiempo, alcanzaron una posición social un poco más desahogada y entonces ella pudo avanzar un poco más en sus estudios, llegando a recibirse de maestra, aunque nunca llegó a ejercer como docente. Su cabello rubio le daba un aire de gringa, de extranjera, y si bien su apellido tenía una raíz germánica, comenzaron a llamarla la *Rusa*. Supo trabajar en varios comercios de la ciudad y con *Tucho* se conocieron de modo casual. Siempre recordaría que la conjunción de buen galán y mejor piropeador, atributos que *Tucho* resumía en una muy elocuente prestancia varonil, ejercieron en ella una atracción muy fuerte y también que tras cierta insistencia, aquel logró sacarle las primeras citas.

Después de un tiempo de noviazgo, se casaron en setiembre del 61.

Con mucho esfuerzo lograron armar una familia muy unida que fue creciendo de a poco, con la llegada de sus tres hijos. Supieron alternar épocas de poco trabajo y pedido de fiado a los almacenes del barrio, con otras en las que si bien no les sobraba casi nada, tampoco les faltaba lo esencial y ambos cuidaban de los niños con mucho amor.

Como en el resto del país, también los aires del sur comenzaron a cargarse con la influencia de los nuevos tiempos que a principio de los setenta signaron a tantos jóvenes. Esos renovados contingentes que progresivamente fueron incorporándose a la militancia social y política. *Tucho* tuvo desde siempre una marcada afinidad por el peronismo. Un peronismo que había mamado en su hogar de humildes laburantes y para quienes “aquellos años”, los del primer peronismo, durante su infancia, habían sido tan importantes.

Él había sido uno de esos adolescentes que algún tiempo después, tras el derrocamiento de Perón, comenzaron a hacerse aceleradamente adultos en medio de la revancha oligárquica, cuando las minorías se arrogaron mayores privilegios, bajo el estruendo de los bombardeos de junio del 55, la violencia de la revolución libertadora, los fusilamientos de junio del 56, y la represión y proscripción de las mayorías.

Una identidad que también después fue consolidando en su paso por el sindicato. Por eso aquella tristeza profunda que lo embargó el día de la muerte del Viejo y que le puso los ojos vidriosos, a ese muchachón que, como solía recordar su compañera, hasta ese momento no se había permitido llorar por nada. Aquella había sido una muerte que le impactó hondamente, quizá como un presagio de los tiempos difíciles que vendrían.

La *Rusa* en cambio, reconocía una cierta influencia familiar que la había aproximado inicialmente a las posiciones de la izquierda tradicional. De todos modos, empujada por el clima de época, poco tardó en adscribir ella también al peronismo, aunque desde un costado más racional que el visceral de su compañero.

Juntos comenzaron a participar en las distintas tareas que desplegaban los activistas de una Unidad Básica cercana y pasado un tiempo, como resultado de su natural liderazgo, *Tucho* ocupó la conducción de la misma. En las reuniones de aquel ámbito conformado por militantes de distintos orígenes sociales y laborales, se destacaba la claridad y el aplomo que lograba la *Rusa* a la hora de formular sus consideraciones y analizar la situación que vivía el país.

Aquella serenidad en afrontar las cuestiones más complicadas y su natural inclinación a tratar de salir de ellas de un modo consensuado, le permitían lograr también el reconocimiento de sus compañeros.

Fueron aquellos tiempos muy intensamente vividos por ambos y la pareja fue consolidándose en un doble compromiso. Por un lado sostener y consolidar un proyecto familiar y a la vez, aportar colectivamente a la construcción de un país que idealizaban más justo. Libre y soberano también, por supuesto, conforme ese mandato que provenía desde el fondo de la historia y estaba anclado en el centro de su identidad política común.

También ellos, abrigaron la esperanza de que el país pudiera comenzar a ser reconstruido de la mano del nuevo gobierno popular.

Por eso, como tantos argentinos se habían esforzado y habían depositado toda su confianza en el contenido reparatorio y liberador de la etapa que se había inaugurado aquel luminoso año 73. Sin embargo, las cosas comenzaron a enrarecerse en el

país y allá en el sur, la situación fue tornándose también muy delicada para ellos.

La derecha peronista, con gran peso de la dirigencia sindical fue ganando cada vez más espacios y entonces debieron salir de esa centralidad geográfica y política que era la ciudad y llegó la primera mudanza. Se fueron a vivir a un barrio cercano al puerto. Allí, la participación en un grupo de activistas bastante bien consolidado, que funcionaba en el local de una Unidad Básica llamada *Evita Montonera*, y sobre los que poco a poco fueron teniendo ascendencia, les permitió seguir militando. También fueron progresivamente sumando mayores niveles de compromiso y vino entonces la incorporación de ambos a los montoneros.

La situación continuó, sin embargo, complicándose, fundamentalmente para *Tucho*, después que lo sindicaran entre los autores de un intento de copamiento a un destacamento de la Prefectura. Su participación, que él mismo negaba rotundamente, nunca fue debidamente aclarada. A partir de allí comenzaron a buscarlo y debió *guardarse*, como llamaban comúnmente a esa forma de vida clandestina que se vio empujado a llevar.

En esas condiciones se le dificultaba seriamente su posibilidad de hallar un trabajo. Era y había sido toda la vida un trabajador, un tipo acostumbrado a ganarse su jornal y mantener a su familia con su sueldo, y tener que vivir con la asignación que le pasaban o que lo bancaran sus compañeros, fue para él una situación bastante odiosa.

Al tiempo, los lugares seguros cada vez eran menos y entonces para finales de 1975 recibió la indicación de que se trasladara lejos de allí y así lo hizo la familia completa, aunque por separado.

Escapando de la persecución la *Rusa* se fue por su lado, llevando consigo a su hijo más pequeño y *Tucho* lo hizo junto a Mónica, la más grande de las nenas. En tanto Alejandra fue

llevada a una bonita casa, en una zona atlántica, donde vivían tres parejas de militantes que la trataron como si fueran sus propios padres y pasó unos días para ella muy felices, junto a sus hijos, en particular por la rápida relación que entabló con aquella nena-amiga-compañerita, a la que llamaban Cielo.

Entrado ya el verano del 76, la familia disfrutó su reencuentro en otro balneario de la costa atlántica donde permaneció tan solo unos pocos días, hasta que finalmente se mudó al destino orgánicamente acordado.

En su nuevo destino, al que llegaron cargados de incertidumbre, como en otros tantos lados, la militancia se esforzaba en sortear los ataques de las fuerzas parapoliciales, a las que en los últimos tiempos se había agregado la represión oficial.

Por eso el lugar elegido, nunca fue demasiado seguro para refugiar a quienes, como ellos, debieron migrar para integrarse a la Columna Sur.

Allí los encontró el golpe militar y desde el primer día, junto a sus compañeros decidieron enfrentarlo, tratar de frenar el avance sobre los sectores populares.

RESISTIR ES VENCER

Habían abordado una lucha en términos extremadamente desiguales.

El poder de la dictadura era militarmente mucho más sólido.

El asalto a las estructuras del Estado había posibilitado a los militares, entre otras cosas, implementar una sangrienta represión para abatir todo intento resistente.

Se trataba de instaurar en el seno de la sociedad un terror vasto y profundo. Un terror que día a día lograba diseminar su propiciado efecto paralizante.

El objetivo no era otro que cambiar radicalmente las reglas del juego en el país. Hacer uno para pocos, para los poderosos, personificado en el símbolo de la apoyatura civil empresarial al golpe de Estado, como fue el designado ministro de Economía. Por eso todo el andamiaje represivo se puso al servicio del desmantelamiento del modelo de industrialización sustitutiva y modificar abruptamente la relación de fuerzas entre el capital y el trabajo.

Ellos, en cambio, habían decidido salir a tratar de parar la mano. Pero las condiciones eran cada día más difíciles, obligándolos a adoptar diversas formas autodefensivas, entre ellas a replegarse y en muchos casos también a mudarse a otras zonas, fundamentalmente en el corazón del conurbano. En ese marco,

sus estructuras seguían sufriendo numerosas bajas, que iban minando su capacidad de resistencia.

Era una verdadera emergencia la que ellos vivían, plagada de sucesivas caídas de compañeros a manos de la represión estatal, y no podían siquiera detenerse a llorarlos.

Aquellas habían sido precisamente las palabras elegidas por Rodolfo, en una carta en la que con notable entereza les había contado a sus amigos la muerte de su hija Vicky y resultaron elocuentes del dramatismo del momento por el que atravesaban quienes de un modo u otro habían elegido seguir resistiendo.

Era un tiempo en el que la propia noción del tiempo y su transcurso, hasta los distintos momentos del día habían adquirido connotaciones contradictorias y tremendamente subjetivas. Así lo entendían cada uno de ellos, condicionando las posibilidades en que desarrollaban su militancia.

El tremendo carácter coercitivo de la represión, que ocupaba el territorio en donde se movían, desplegando sus garras por los distintos rincones de la ciudad, los obligaba a guarecerse, a esconderse, para evitar ser aprehendidos, y ello relativizaba el significado del día y la noche.

Según las condiciones en que cada uno de ellos se encontraba, en orden a su propia seguridad, podía ser que la noche se convirtiera en aliada, cuya compañía se hacía sensiblemente breve en cuanto asomaban las primeras luces de día. En otras condiciones, cuando lograban ubicarse en un lugar más o menos seguro, eran las horas de la noche las que parecían preanunciar la inminencia de los momentos más temidos. De allí la relatividad del transcurso de las horas.

En verdad, toda su existencia estaba ganada por un relativismo que los atravesaba de un modo casi inexorable, que parecía convertirlos en seres aparentemente vulnerables. No obstante, estaban decididos a vivir de un modo intenso.

A esa altura también, no eran menores las condiciones para que cada uno de ellos, pudiera inclinarse por retirarse, abrirse y tratar de salvarse. Sin embargo, pese a todo, mantenían su compromiso de enfrentar a la dictadura. En un marco netamente defensivo seguían adelante tratando, aunque con extremada dificultad de recomponerse, sobreponiéndose a las atrocidades que públicamente trascendían.

Los estimulaba la idea de que la generalización de la represión, incluso sobre los sectores medios, les produciría a los milicos una progresiva pérdida de aquellos sectores aliados, que en el primer momento los habían alentado. Esos que, ganados por una prédica contaminante que enfatizaba los peores aspectos del isabelismo, habían propiciado la necesidad del retorno al orden y habían confiado en que los más indicados eran los militares.

Del mismo modo creían que el pueblo, habría de identificar rápidamente a las fuerzas armadas como el enemigo que lo reprimía para llevar adelante una política a favor de los monopolios yanquis. Así lo señalaban los pocos documentos internos que, con dificultades, circulaban todavía entre ellos.

“Tenemos que ser capaces de aguantar este primer tiempo, hasta que la agudización de las contradicciones y la toma de conciencia de los sectores populares permita pasar a otra etapa” se decían entre ellos.

Por eso tenían que resistir. Esa era la consigna que se imponían a sí mismos. Mantener la mayor actividad posible e impulsar sus propuestas, planteadas como objetivo político hacia las masas, para inducir las también a la acción.

Resistir es vencer, fue la consigna elegida en aquellos días. Esa frase sin duda recordaba a otra similar que había sonado cuarenta años antes durante la guerra civil. ¡Resistir es vencer!, ¡Bastará un día más!, habían cantado antes, en sus trincheras los republicanos españoles.

El primer destino de la *Rusa* y *Tucho*, apenas llegados, fue junto a una pareja, que tenían una hija de no más de tres años, a la que le decían Micaela. La mujer no militaba y la relación en esa casa fue un tanto conflictiva. La casa, tenía un garaje muy largo lleno de herramientas, en su mayoría colgadas en la pared, lo que le daba la apariencia de un taller de herrería, aunque en verdad aquella era tan solo una apariencia que encubría otra actividad clandestina. Una noche, el muchacho no llegó y durante la madrugada, debieron “levantar la casa”. De allí pasaron a un pequeño departamento de planta baja al fondo, al que se accedía por un pasillo bastante largo, en cercanías del cementerio local.

La *Rusa* había sido designada responsable política de una amplia zona en el suroeste de la ciudad. Bajo su mando se agrupaban algunos militantes que hacía tiempo desarrollaban sus tareas en el lugar, junto a aquellos que como ella, habían venido de otras partes, desconociéndolo por completo.

Tucho, por su parte, se había integrado al área de logística de Montoneros.

A la *Rusa*, los compañeros en su nuevo ámbito de militancia, comenzaron a decirle Alicia. A Rubén, en cambio, siguieron llamándolo *Tucho*.

Pasado un tiempo sin embargo, evaluaron que también aquella morada había dejado de ser segura.

Posiblemente la caída de algún compañero que pudiera conocer el lugar, los obligó nuevamente, por prevención, a mudarse casi de imprevisto.

Pero los lugares seguros eran cada vez menos. Esa circunstancia, en algunos casos había obligado a los militantes a resignar elementales nociones de seguridad y a costa de una valentía brutal, volver a utilizar casas *quemadas*, o *muy junadas* aun en desmedro de su propia integridad.

En otros casos, en que sólo podían moverse de a pié, evitando tomar colectivos para evitar posibles pinzas, debían caminar cuadras y cuadras para ir de un barrio a otro.

Pero pese a todo, en esas condiciones de alta vulnerabilidad, seguían desarrollando una esforzada militancia.

Fue así que la *Rusa* y *Tucho* obedecieron la indicación de volver a mudarse temporariamente -al menos así ellos lo entendieron- para, en realidad, apiñarse en aquella casita de apenas dos pequeñas habitaciones, cocina y baño, con el galponcito al fondo, que comenzaron a compartir con la familia del *Chile* y la *Pichu* en calidad de *parientes llegados del interior*, que venían en busca de trabajo. Allí pasaron a ser la *familia Russo*, a Mónica la llamaron Natalia y Alejandra comenzó a llamarse Verónica, aunque rápidamente se habituaron a llamarla *Tata*. Al menor, por su parte, le decían *Zorrito*.

Esa fue la excusa con la que cubrieron su traslado y en esa condición se dieron a conocer entre el raleado vecindario.

Uno de los que con habitualidad pasaba por allí era aquel pibe, hijo de doña Elba, que había vivido con sus padres del otro lado del arroyo, experto en rabonas. Solo que ahora el *Colorado* ya vivía solo, en un ranchito más cercano y visitaba con más frecuencia a su amiga la *Pichu*, una vez que ésta se mudó a su casita de casada.

Durante un tiempo había trabajado en un aserradero de la zona donde fabricaban cajones que allí también se pintaban, con destino a una embotelladora de gaseosas. Él también se había metido a militar en política y parece que una noche, a fines de la primavera del 76, mientras hacían una pintada en el paredón de aquel establecimiento, junto a otros compañeros, lo vio la encargada de seguridad -al menos eso creyó él- y por las dudas decidió tomarse el raje. Dejó ese trabajo y comenzó a changuear.

Era un verdadero buscavidas, en el mejor sentido del término y no le faltaron rebusques.

Al poco tiempo, comenzó a vender helados por la calle en una bicicleta enorme, de esas que tienen el portaequipaje por delante del manubrio. Todos los días recogía el cajón con la carga de un local cercano y recorría la zona con sus delicias heladas. El recorrido, le permitía también informarse sobre la existencia de algún control policial, esas temidas pinzas que los represores colocaban por todos lados y de ese modo tener advertidos a sus compañeros. Por la tarde, una vez agotada la carga, regresaba, dejaba el cajón y se llevaba su paga diaria.

De ese modo, de un día para el otro se convirtió en el heladero del barrio.

PRONÓSTICO EQUIVOCADO

Aquel primer viernes de diciembre, ni la nubosidad variable, ni los leves vientos del sudoeste que anunciaba el Servicio Meteorológico Nacional, en modo alguno auguraban la enorme tormenta que se abatiría sobre el barrio.

Hacía bastante calor y como todos los días, el *Colo* se puso su gorrita blanca y a la hora de la siesta salió a vender sus helados. Ese era un horario clave porque la temperatura pegaba más fuerte y los chicos del barrio lo estaban esperando ansiosos cuando pasaba ofreciendo sus delicias.

Aunque cada vez le costaba más andar por allí. Cruzar esas calles mal entrazadas y desaparejas por las huellas que los carros habían dejado a su paso y la falta de lluvias habían convertido casi en un enmarañado asfalto, lo obligaban a esforzarse para poder atravesarlas con la bicicleta y su cargamento. Andar a pleno sol, sin una brizna de aire fresco, el sudor cubriendo la frente, era toda una travesía a la hora en que la siesta se apoderaba del barrio y los pocos sonidos que se escuchaban eran los de las chicharras, los crujidos en cada pedaleada de esa cadena siempre necesitada de aceite y el cajón saltando y golpeando contra el canasto de la bicicleta.

Frente a la casita del *Chile* y *Pichu*, esa tarde encontró a Mónica/Natalia, la hija de la *Rusa* y *Tucho* sentada en la vereda.

Cuando se detuvo, notó que tenía una carita bastante triste, le preguntó qué le pasaba y ella sin siquiera mirarlo le contó que los papás dormían, que su hermana estaba jugando en la casa de enfrente con una vecinita y que ella estaba aburrida.

“Dale vení, avisale a tus viejos, agarrá la bici y acompañame en el reparto” le dijo entonces, con esa proverbial simpatía que despertaba tanta afinidad entre los pibes del barrio.

A ella le hubiera gustado acompañarlo pero tenía una de las cubiertas desinflada, posiblemente pinchada. Eso frustró sus ganas de aceptar aquel ofrecimiento. Él, entonces, le regaló un palito de limón, que sabía era su preferido, como para mitigar el momento y muy a pesar suyo continuó su recorrido.

“¡Heladooooo! ¡Llegaron los heladooooos!, ¡Helado, helado, palito, bombón, helado!” El *Colo* le daba a su propia voz una inflexión que la tornaba imposible de no reconocer.

Así anduvo toda esa tarde cubriendo el itinerario habitual que abarcaba también el barrio lindero.

Al atardecer, cuando estaba volviendo para devolver el cajón vacío, observó que el *Gitano* José, un amigo de la infancia, desde la otra cuadra le hacía señas, agitando ambos brazos. De verdad lo asombró ese modo exaltado de llamarlo.

— ¿Qué te pasa *Gitano*?

— ¡La cana! vinieron los milicos a la casa de la *Pichu* y tiraron hasta que se cansaron. Fue un quilombo bárbaro. ¡Hicieron mierda la casa! Creo que los mataron a los dos y se llevaron a la hija del *Tucho*, la más grande.

— ¡No! ¿y los otros pibes? —preguntó.

— ¡No sé más nada, pero me crucé con el *Negro* Oscar que me dijo te espera debajo del puente!

Oscar había vivido desde siempre en esa zona. Nieto e hijo de obreros peronistas, era el menor de cuatro hermanos.

Su padre había trabajado muchos años en uno de los frigoríficos de la zona, aquellos colosos que en su esplendor, durante los tiempos de la guerra mundial, supieron ocupar a más de diez mil trabajadores.

Aquellos criollos, mezclados con los gringos inmigrantes que, junto a tantos otros, desde los alrededores de la ciudad de Buenos Aires se habían movilizado en octubre del 45 para pedir la libertad del *Coronel del pueblo* y terminaron construyendo ese día que se incorporó definitivamente en la historia nacional y a partir de allí pasaron a ocupar un lugar central de la escena política del país.

El trabajo del padre le había posibilitado alquilar una casa para toda la familia, incluida la abuela, en la zona sureste de la ciudad. Eso hasta el 55, cuando tantas familias comenzaron a vivir el calvario de haber sido partidarias del régimen depuesto.

Muy pronto "...a mi viejo lo echaron del frigorífico y la familia cayó en la mala. No pudimos seguir pagando el alquiler y entonces tuvimos que ir a vivir a la periferia, en la zona de los quinteros, en un terreno que nos regaló la patrona de mi abuela", supo contar.

Y recordar agradecido que a su abuela, que trabajaba como empleada doméstica de "los Hardoy, una familia acomodada de la ciudad, de esas con apellido muy conocido", en aquel momento la patrona le regaló ese terrenito.

Allí el padre y tres de sus hermanos mayores construyeron una casilla de madera, piso de tierra, ni luz tenía y el baño era apenas una letrina en la parte de afuera.

En aquel barrio, que por entonces estaba bastante despoblado, no había ninguna escuela y entonces lo mandaron a una que quedaba a varias cuadras de allí, en esa suerte de limbo en el que la zona rural acaricia la urbe. Era la número 56, conocida también como la Almafuerite. Una verdadera paradoja en un

país en que las clases dominantes veneran a Sarmiento, que esta escuela pública llevara el nombre de un enconado anti sarmientino, ¡creador del *Piu Avanti!*

Pasados esos primeros días que generalmente las maestras utilizan para conocer un poco a sus alumnos y para que éstos se familiaricen con sus compañeros, la docente les pidió que comenzaran a conseguir los libros.

Los padres de Oscar no estaban en condiciones de comprar libros nuevos, su situación económica no se lo permitía y entonces lo mandaron con los mismos que habían usado sus hermanos mayores.

Eran esos de la Editorial Lasserre, que en la tapa y en su interior incluían montones de imágenes en colores. Las inolvidables de Perón y Evita, con reiteradas referencias a ellos y a su gestión de gobierno: “Perón ama a los niños”, “Es linda mi escuela, se llama Eva Perón”, “Los niños van a la escuela de la Nueva Argentina”, “Ellos visten bien, la Fundación Eva Perón les da ropa”, y otros del estilo. Esos textos mediante los cuales el gobierno, en clave de ideario peronista elevado a la categoría de doctrina de la Nación, había intentado una suerte de apropiación discursiva de determinadas visiones de la sociedad y del mundo.

Guardapolvo impecable y jopo engominado, gracias al esmero materno, el cuaderno y la lapicera con pluma cucharita, complementaban los útiles que nutrían aquel gastado portafolio de cuero, herencia también de sus hermanos mayores.

Como era de esperar, cuando mostró su libro, en la Escuela se armó un lío bárbaro. Al pobre Oscar la maestra le dijo que “esos libros no se usaban más”, que eran libros de la época del *tirano prófugo* y algunas otras cosas más en línea con los contenidos del Decreto 4161, que había prohibido todo lo que tuviera relación con el peronismo.

Para él fue como un reto, una verdadera estigmatización que el pobre pibe no entendió en ese momento y debieron pasar unos años hasta que pudo comprender que esas directivas, tenían que ver con el revanchismo político y el odio de clase.

Aquello fue también demasiado para su padre, algo insoponible para aquel hombre buenazo, muy rústico, pero firme en sus convicciones. Por eso, enervado por lo que consideraba una injusta discriminación y herido en su sentimiento peronista, lo llamó, y poniéndole la mano en su hombro, le dijo: “¡Usted no va más a la escuela!” “¡Qué carajo se creen estos gorilas de mierda!” Y ahí nomás, a muy poco de haber comenzado se terminó su posibilidad de escolarización. De todos modos, tendría una nueva oportunidad.

Retomó la escuela recién cuando inauguraron una en el barrio. Fue allí que conoció al *Chile* “un pibe muy querido, muy líder” y pasados unos años, los uniría también la pasión de la militancia política.

Pero tampoco en esta oportunidad logró terminar su escolaridad y entonces ingresó en el mundo del trabajo. En lo poco que podía conseguir un pibe joven como él, pero lo salvó que era muy corpulento para su edad y comenzó a changuear en las quintas de la zona.

De la mano de su propia situación, de sus vivencias personales y recordando los tiempos felices de Perón y Evita sobre los que le había contado su padre, “aquellos de inclusión, de progreso, de ascenso social, cuando los hijos podían estudiar y aprender un oficio, el cuidado de la salud era primordial, se cuidaba de los viejos y los únicos privilegiados habían sido los niños...”, pudo comprender, en carne propia lo que significaba la injusticia social.

El contraste con las penurias que les tocó vivir le reveló que era necesario involucrarse y participar con la finalidad de poder

cambiar ese orden social injusto. Así fue como decidió integrarse y comenzar a militar en la Unidad Básica del barrio.

El *Negro* destilaba peronismo por donde le buscaran.

Para él claramente aquella identidad era la síntesis entre lo popular y la política, del mismo modo que no podía concebir a ésta por fuera del peronismo. Por eso se puso como loco aquella noche de sábado en la pizzería donde solían juntarse, cuando entre porción y porción, una compañera proveniente del frente universitario que se había acercado al barrio, y en particular al *Negro*, trató infructuosamente de explicarle algunos rudimentos de la dialéctica.

Ella intentó explicarle sobre la posibilidad de desdoblamiento de la unidad y el conocimiento de sus partes contradictorias, de describir pertenencia, singularidades y elementos constitutivos que hacen al todo sin perder sus funciones...

“Ves esta es tu mano -le decía Olguita, tomándosela, y a Oscar eso lo entusiasmaba- pero en la mano también están los dedos. No podríamos concebir la mano sin los dedos, así como que los dedos solo tienen sentido en tanto forman parte de la mano, que es su superación dialéctica...”. Y entonces el *Negro*, que hasta ahí había escuchado sorprendido aquellas definiciones, la paró en seco y le dijo: “¡Pare ahí compañera, porque no entiendo nada! Lo que yo sé es que mis dedos y mis manos, con callos y todo, las he usado para trabajar y para acariciar, ¡pero son bien peronistas!”

Estaba claro que todo él era esencialmente peronista y con eso le sobraba para militar en el barrio.

REUNIÓN BAJO EL PUENTE

Cuando esa tardecita de verano supo por el *Gitano* de aquella tremenda noticia, el *Colo* se subió a la bicicleta, olvidó pasar a dejar el cajón y se fue directo, como enloquecido, pedaleando en la dirección que le habían indicado, quedaba a unas diez cuadras de allí. Fue cruzando a campo travieso por el camino más corto, pero parecía que la bicicleta estaba más pesada que nunca y no tardaba más en llegar. Cuando lo hizo, sentía que le faltaba el aire, el corazón se le salía del cuerpo y las pulsaciones se le habían acelerado como aquella vez que lo había pescado haciéndose la rabona.

Guarecidos entre las sombras de la noche y el matorral de cañas estaban Oscar, y para su asombro, también el *Chile* y su mujer, la *Pichu*.

— ¡*Pichu*, *Chile*, me habían dicho que en la casa estaban ustedes dos!

— No *Colo*, yo me había ido a trabajar un rato antes de que llegara la cana —le contestó la *Pichu*, y continuó —en la casa estaban la *Rusa* y *Tucho* con los pibes. ¡Ellos estaban cuando vino la cana y el Ejército y tiraron con todo. Y se llevaron a Mónica! Después que nos enteramos nosotros nos fuimos para lo del *Viejo Napo*.

Al rato se agregó al grupo el *Cuervito*, un pibe muy joven, que había llegado al barrio hacía un tiempo por otras razones, que en modo alguno tenían que ver con su condición social, sino que obedeció a motivaciones políticas, porque él había nacido y se había criado en una familia de clase media alta de la ciudad.

Después de haber militado en la UES, la agrupación de los secundarios peronistas, cuando terminó el colegio eligió irse a militar al barrio y allí asumió *proletarizarse*. Fue una decisión absolutamente voluntaria en su convencimiento de que solo así podría pensar y sentir como los sectores populares, como los trabajadores.

Entonces se fue a continuar su práctica política en el territorio y empezó a laburar de albañil. Así, comenzó a militar en la *Burgos-Escribano*, una U.B. que quedaba a varias cuadras del barrio en donde vivía.

Era un ser especial, muy educado, apasionado estudioso de la historia nacional, al que poco costaba descubrirle su procedencia social, que sin embargo él procuraba disimular, en un rasgo de madura ubicuidad, tratando de ser uno más entre la gente del barrio. Tenía también una gran capacidad de desprendimiento personal, de total desapego a lo material, una asombrosa vocación por compartir sus pertenencias y ponerlas a disposición de sus compañeros.

En esos días vivía en una casita muy humilde, cercana al arroyo, pero del otro lado, más para el lado del norte, en una casita que le había alquilado a un peruano. Lo hacía en compañía del *Negro Oscar*, quien le tenía un gran cariño y una admiración que éste permanentemente sacaba a relucir, con una personal conclusión: “Decí que el *Cuervito* se hizo militante político, porque de lo contrario se habría hecho monje”.

La noticia al *Cuervito* le llegó al volver del trabajo, por boca del *Chile*, a quien le habían avisado unos vecinos que lo esperaron

a la entrada del barrio, cuando llegaba en su moto. Después él mismo había ido a buscar a la *Pichu*, su compañera hasta su trabajo.

Agazapados, debajo del puente de fierro, bajo la sola luz de una enorme luna que iluminaba esa noche tórrida, entre todos fueron contando cómo había sido, o al menos lo poco que cada uno de ellos se habían enterado, tratando de armar un único relato.

Que había sido un operativo conjunto de la Policía con el Ejército, que habían llegado a eso de las cinco de la tarde, que un rato antes la *Tata* y el *Zorrito* se habían cruzado a jugar a lo de una vecinita y que la *Pichu* se había ido a laburar también justo antes que llegaran, que cuando los intimaron a salir se asomó la *Rusa*, como una leona peleando por la preservación de sus cachorros gritando que no tiraran, porque había criaturas y ahí entonces dejaron salir a Mónica llevando en brazos a Juan Manuel el hijo de la *Pichu*, a quien dejaron en una casa vecina y que a Mónica en cambio, apenas salió se la llevaron de los pelos y la metieron en un patrullero. Que después empezó una balacera infernal, que duró un rato largo, y...

Nadie quería o se atrevía a decir lo que seguía. Ninguno de ellos se atrevía a aventurarse a decirlo con todas las palabras. Y lo que casi seguramente había sucedido, era que habían muerto los dos: la *Rusa* y *Tucho*.

Como a borbotones, de un modo desordenado, entre todos fueron volcando toda esa información que se le acumulaba en sus cabezas hasta hacerles sentir que estaban a punto de estallarles el pecho y apenas podían describir con palabras.

“¡Qué hijos de puta! ¿A Mónica también se la llevaron? ¿Si es una nena! ¿Y dónde mierda la habrán llevado?” Estaban todos conmovidos con aquellos hechos que no podían todavía creer, por eso puteaban y maldecían, como queriendo sacarse toda la bronca y la angustia acumulada.

Desde mucho antes, desde que la cosa había empezado a ponerse jodida, eran conscientes del momento que vivían, no ignoraban las razias que se incrementaban día a día, los cercos a barrios enteros, las pinzas por doquier, las constantes caídas de compañeros, ni los secuestros. Comprendían por eso que la represión les estaba pisando los talones.

Ya el secuestro de *Nenú* junto con *Ho Chi Min*, los había puesto en alerta aún más. Si bien en esa oportunidad había logrado escapar arrojándose del auto en cuyo baúl lo trasladaban, aprovechando un descuido de sus captores, aquello no había sido sino un episodio que había salido bien gracias a dos circunstancias bien diferentes pero complementarias.

Por un lado, una jugarreta de la suerte enancada a la codicia de un cana que para robarle un reloj y el anillo le había aflojado sus ataduras. Por el otro, una verdadera corajeada de *Nenú*, que en la oscuridad del baúl, no dejaba de decirse a sí mismo: “tengo que vivir” y repetía “tengo que vivir”. Es que a la *Flaca*, su compañera, le faltaban días apenas para dar a luz y él no soportaba la idea de no estar vivo cuando naciera su hija.

Después, a los días siguientes, la caída de Mirta, la *Turca* y la muerte heroica del *Flaco Mito*, resistiendo en soledad casi dos horas otro ataque policial, les había indicado que la represión les estaba pasando muy cerca.

Debieron hacer un gran esfuerzo por asumir la noción de un presente cada vez más trágico y ello los había obligado a endurerarse, pero a pesar de ello, en este caso, no lograban reponerse del tremendo impacto de aquellas muertes tan cercanas.

No obstante, superando incluso el temor que aquello les causaba, decidieron que lo más importante en ese momento era averiguar la situación de los chicos, que habían quedado en el barrio.

El *Negro Oscar*, que también había tenido a la *Rusa* como responsable, recordaba que alguna vez ella les había pedido

que si le pasaba algo, “si le tocaba caer”, no se olvidaran de sus pibes y que los cuidaran. Y para el *Negro*, como para el resto de aquel grupo, en ese momento, aquellas palabras se tornaron un mandato insoslayable. Sintió esas palabras no como un imperativo emanado de alguien que detentaba una mayor jerarquía en la militancia. Fue de otro modo. Se lo decía aquella guerrera que para él era La *Rusa*, que ahora se le aparecía en toda su simple integridad de madre. No se trataba de una circunstancia enmarcada en cuestiones de alta densidad política. Para ellos, simplemente era una forma de entender la profunda humanidad que encerraba la palabra compañero. Y a ello se abocaron.

El *Colo* se ofreció entonces para pasar por el barrio al día siguiente, encubriendo su presencia con su rutina de heladero, tratando así de recoger la mayor información posible. También arreglaron volver a encontrarse a la noche en ese mismo lugar.

Esa noche ninguno logró dormir y no fue porque lo pasaran fuera de sus casas, a las que por seguridad no quisieron volver, o no podían volver, sino que estaban tan alterados que no lograron conciliar el sueño. Mucho menos amontonados en lo de *Mary* y *Tito* en donde el espacio era escaso, las camas no alcanzaban y apenas si alguno logró pegar un ojo, sentado en una silla. En verdad aquello se parecía mucho a una tensa vigilia que duró hasta que asomaron las primeras luces del día.

Habían llegado hasta esa casa como lo hicieron tantas veces antes, cuando necesitados de un plato de comida o algún mango, aquellos dos quijotes enormes en dignidad y solidaridad, se lo brindaron, pese a su precaria situación económica. Un mate caliente o un plato de sopa nunca faltaron allí.

Aquel lugar en donde la propia *Mary*, alguna vez, como esa misma noche, sentada debajo del frondoso árbol crecido en la puerta de su casa, cedió su propia cama y aguantó despierta,

velando el sueño de otros compañeros que tampoco tenían un lugar para pasar la noche.

Para aquella casi diezmada militancia barrial, *Mary* y *Tito* fueron siempre una suerte de adoptiva paternidad, que trascendía por sobre su noble humildad.

Al día siguiente, lo primero que hicieron fue ir hasta el puesto más cercano y conseguir un ejemplar del diario local. No fue necesario buscar demasiado porque la noticia estaba en la primera plana y como ya era costumbre en la mayoría de los medios, se limitaban a reproducir la información que les suministraban las fuerzas represivas. La lectura del relato periodístico revelaba que la nota se había construido apelando a esa única versión de los hechos.

Leer ese enorme titular les golpeó muy duramente: “Dos terroristas muertos en la zona de...” y después la nota suministraba los nombres de dos policías, uno que habría muerto y el otro herido, en lo que no dudaba en caracterizar como un “enfrentamiento que las fuerzas conjuntas mantuvieron en el día de la víspera con elementos sediciosos en un refugio que estos tenían...”. Siguiendo la misma línea periodística, señalaba también que las fuerzas que habían arribado al lugar, “consiguieron finalmente quebrar la resistencia de los terroristas y en una nueva avanzada lograron abatir a dos de éstos...”. Pero fue en vano, por más que leyeron y relevaron el artículo, en ninguna parte identificaba a los subversivos allí abatidos.

Nada decía de la *Rusa* y *Tucho*, solo se refería al episodio en sí mismo. Tampoco lo diría la nota al día siguiente, construida con el mismo criterio narrativo, solo que aquella decía reproducir un comunicado oficial.

Una gran puteada común, expresó la bronca y el dolor que los embargaba, amplificada cuando repararon que en otra parte de la portada, el diario incluía otra noticia, con titulares mucho

más sobresalientes esa otra muerte que los conmovió profundamente y que en el fragor de la búsqueda estuvo a punto de pasárseles por alto.

La de la *Rusa* y *Tucho* tenía un significado extremadamente doloroso por tratarse de compañeros a los que, más allá de las diferentes responsabilidades o jerarquías internas, sentían como sus pares. El afecto que había nacido entre ellos, en ese corto tiempo en que habían desarrollado una militancia en común, las convertía en muertes muy cercanas, que les dolían muy puntualmente.

Aquella otra noticia en letras de molde tenía, en cambio, un significado distinto, que los golpeó de un modo casi demoledor.

Porque la *Gaby*, así la llamaban, no era una compañera común. Ella era un cuadro emblemático que había llegado a ser casi un mito. Una de las montoneras fundacionales y además había sido la pareja del primer jefe. Aquella a quienes tantos nombraban y muy pocos llegaron a conocer porque había vivido la mayor parte de sus últimos años de modo clandestino. De a poco alrededor de ella, del misterio que envolvía su nombre, se fue construyendo el mito, circunstancias que seguramente alimentaron su carácter de heroína.

Y allí estaba ahora su foto, tipo carnet, la menos conocida de las pocas que de ellas se habían difundido. La primera había aparecido a mediados de los 70 en aquellos carteles que la Policía Federal distribuyó por todo el país con su pedido de captura después de lo de Aramburu. La más actual, era del acto en la cancha de Atlanta, cuatro años después, cuando se anunció su presencia en el escenario y entonces ella solo se adelantó unos pasos y saludó con su mano alzada y por unos minutos fue ovacionada por los concurrentes. En esa su rostro reflejaba una sonrisa plena.

Esta otra, en cambio, la que reproducían los diarios dando cuenta de su muerte, mostraba un rostro casi inexpresivo.

Por eso su anunciada caída en otro operativo represivo trascendía su propia persona y pasaba a tener una tremenda significación política.

Quizá el *Cuervito*, en ese momento pudo asociar esa sensación de fuerte sacudimiento que los embargaba con aquellos recordados versos de Miguel Hernández, uno de sus autores preferidos: “Un manotazo duro, un golpe helado, un hachazo invisible y homicida, un empujón brutal te ha derribado...”.

Años después se sabría que en realidad ella había sido detenida con vida, que no la mataron en ese momento y fue mantenida por sus captores en uno de sus infiernos terrenales, como una suerte de trofeo que mostraban a otros, también detenidos, con la finalidad de desmoralizarnos y quebrar su entereza moral.

Afuera en cambio, era la noticia sobre su muerte la que debía operar y de hecho lo lograba como un tremendo golpe en las ya bastante diezmadas huestes de militantes populares que aún seguían resistiendo. Por eso aquel otro titular que hablaba de golpe a la *subversión*. También la prensa, mediante esa forma de rotular la noticia, de presentar el episodio en singular, le daba una entidad superior a otros y era plenamente funcional a la estrategia comunicacional de los represores.

Pero ellos ahí, en ese humilde barrio de la periferia debían seguir adelante y por eso, a la hora de la siesta, nuevamente el *Colo* llegó al barrio. Esta vez no le interesaba vender sus helados; mucho menos le preocupaban aquellas calles de tierra en muy mal estado. Esa tarde tenía otro objetivo, pero debía disimular muy bien para preguntar, como quien nada sabe de lo sucedido. Mucho más aun con los policías que en dos patrulleros habían quedado vigilando el lugar.

Así, fue acercándose y vio el tremendo impacto de los disparos contra el frente de la casita, y también alcanzó a apreciar, a través del marco de la puerta que ya no estaba, todo el interior revuelto.

Fue entonces cuando poniendo la mejor cara de tonto les preguntó:

—¿Qué pasó acá?

Y sintió que había llegado demasiado lejos, que se estaba delatando solo y los tipos iban a descubrirlo. Pero no fue así.

—¡Unos terroristas vivían! —le contestó uno de ellos, quien después de un modo nada amigable le sugirió que se retirara de ahí.

Y en una prueba de verdadera audacia y reponiéndose como mejor pudo, mientras comenzó a volver les preguntó:

—¿Y ahora quién me paga los helados que me debían?

Y se alejó del lugar, sin esperar, obviamente, respuesta alguna.

Fue en ese momento que una vecina que lo conocía se le acercó y por lo bajo alcanzó a darle ese aviso breve, casi cifrado, pero lo suficientemente claro como para que lo entendiera y supiera qué hacer: “los chicos están en la casa de la esquina”.

Era otra pequeña casa de material, sin revocar, que estaba justo en la esquina sobre la misma vereda. Tenía un patio amplio, cerrado con un cerco de alambre que se extendía sobre la calle transversal. Y cuando dio la vuelta a la esquina, se sorprendió al advertir que la *Tata*, agarradita del alambrado lo estaba esperando para confirmarle que la habían dejado allí con el *Zorrito*, su hermanito y que a Juan Manuel, el nene de la *Pichu* lo había venido a buscar Paco su abuelo. Y le confirmó que en esa casa no había vigilancia.

Pero también, de un modo apresurado, que al principio no llegó a entender, le dijo algo que luego lo preocupó:

—El lunes nos va a venir a buscar un coronel, dijo que era para llevarnos con mi mamá. —Y después la nena se volvió al interior de la casita.

“Qué hijos de puta”, pensó para sí y se fue convencido que debían actuar con celeridad.

AL RESCATE

Por la noche, tal como lo habían acordado, se juntaron nuevamente debajo del puente, a la vera del arroyo. No era posible apelar a algún local, ni siquiera la casa de alguno de ellos o de un vecino. Debían hacerlo a escondidas y sin ser vistos por la Policía que seguía merodeando la zona.

Esta vez *Tito* se agregó al grupo. Fue una reunión improvisada parecida a otras que la emergencia de la situación en las que se desarrollaba la militancia había comenzado a imponerles. Solo que en este caso los apremiaba la urgencia por recuperar a los chicos. Por eso no había tiempo para grandes peroratas. Había que ser resolutivos, prácticos y absolutamente eficientes para sacar los chicos del barrio. Ponerlos a salvo, antes que la policía, un coronel o quien fuera se los llevara.

Y así fue que comenzaron a urdir el plan que ejecutarían al otro día, por la noche.

Esa noche llegaron por lados distintos. El *Cuervo* y el *Negro* Oscar se habían provisto de sendos sacos y corbatas. Una buena engominada y aquellos anteojos oscuros les daban ese aspecto tan característico que permite distinguir a un servicio a la distancia. En realidad, el más parecido a un policía era Oscar, en cambio el rostro casi aniñado del *Cuervito* no lo ayudaba mucho. Cuando lo recuerda, el *Negro* se ve más parecido a un malevo

del año treinta, que a un combatiente de los setenta. De todos modos la oscuridad de la noche les facilitaba bastante las cosas. Ambos iban enfierrados. Un viejo treinta y ocho largo y una nueve milímetros era todo lo que tenían.

Por momentos, se daban cuenta que esa no era una operación en la que iban a enfrentar al enemigo, en los términos convencionales de su relación con las fuerzas represivas. Por el contrario, aquellos eran simples vecinos de su barrio, que en modo alguno eran culpables o responsables de la situación, simplemente les había tocado en suerte que los represores dejaran en su casa a los chicos. Y por eso, cuando palpaban esas armas que llevaban en su cintura, les aterraba que la cosa se desbordara, que los ocupantes se resistieran y tuvieran que usarlas.

Pajarito se quedó de campana en las cercanías, con la mirada muy atenta. En particular, sobre el patrullero que había quedado de consigna a la vuelta, frente de la casita. En esas condiciones el tiempo no pasaba más. Así pensaba y sentía *Pajarito*, quien si la cosa se ponía fea solo contaba con sus propias piernas flacas para rajarse de allí, sin posibilidad de ofrecer demasiada resistencia, porque tenía apenas una 22 y no estaba muy seguro que llegado el caso funcionara. De todos modos, a la hora de asumir el rol que se le había asignado no tuvo dudas y ahí estaba firme en la esquina.

Con decisión, golpearon la puerta de la casa. “¡Policía, abran!” fue la breve consigna que en voz de Oscar, pegado a la puerta, sonó convincente. Apenas les abrieron, Oscar y el *Cuervo* ya estaban adentro. Poco les costó convencer a la asustada dueña de casa que los dejara pasar y que su propósito era llevarse los chicos.

Con sus armas en la mano y con la misma actitud que imaginaban se movía la cana increparon también al esposo, quien se pegó un susto que lo tuvo al borde del infarto. Mientras Oscar sostenía con una mano el revólver, con el otro brazo trataba de ayudar al pobre viejo a sentarse en un sillón. Eso complicó

bastante las cosas pero finalmente pudieron ayudar a vestirse a Alejandra, que para entonces ya se había acostado. Fue todo muy rápido y afortunadamente, salvo el episodio del dueño de casa, sin mayores problemas y en poco tiempo lograron salir de allí y sacar a los dos *hermanitos*.

El *Cuervo* llevaba de la mano a la *Tata*, que se aferraba con toda su fuerza y *Tito* cargó al *Zorrito* a upa.

Después, agazapados entre las sombras que dibujaba la noche, fueron bordeando el arroyo con rumbo hacia el oeste.

Oscar era quien mejor conocía la zona porque durante años la había recorrido entre juegos infantiles y fechorías adolescentes. Por eso los fue conduciendo a lo largo de aquella serpenteante geografía ribereña que terminó en una casa del barrio vecino, la de *Tito* y su compañera *Mary*.

Nuevamente aquella humilde vivienda volvía a ser ese bunker de amor y solidaridad dispuesta a abrirle sus puertas a los compañeros ante una emergencia. En esa oportunidad para acoger a aquellos niños, los hijos de la *Rusa* y *Tucho*, que eran recibidos como sus propios hijos, por el solo hecho de ser los hijos de dos compañeros.

Los pibes pasaron esa noche allí, pero al otro día era necesario sacarlos ya que por la proximidad con el otro barrio, podrían estar expuestos a un rastrillaje y ser descubiertos.

¿Cómo hacer, dónde ir? Esas preguntas resonaban en las mentes de todos como un eco sin respuestas. Eso era todo lo que habían podido hacer, pero eran también conscientes que hacía falta algo más para poner finalmente a salvo a los pibes.

Así lo entendían porque ya hacía casi un año que se conocía el destino que los represores tenían reservado para los hijos de los subversivos.

“Primero iremos por los subversivos, luego por sus familiares y por último por los indiferentes y los tímidos” no era solo una

consigna en boca de uno de los más conocidos represores, sino un premeditado plan de acción en curso.

Hasta que el *Colo*, como remembranza de aquellas aventuras que lo habían deslumbrado durante su infancia, volvió a acordarse de aquellos maquis franceses. Y del modo en que sorteaban los retenes nazis arriesgando sus vidas. Su barrio nada tenía que ver con aquellos hermosos paisajes de la campiña francesa, entre las montañas, sin embargo, la fiereza de las tropas de la Wehrmacht se asemejaban bastante a los grupos de tareas de la Policía y el Ejército.

Acá no se trataba de fuerzas de ocupación alemanas, pero las razias de los chacales locales se desplegaban en aquellos barrios con furibunda intensidad, no sólo deteniendo o asesinando a militantes populares, sino que iban más allá, infundiendo con su notoria presencia un temor muy extendido entre la población.

Entonces en su cabeza comenzó a darle vueltas una idea.

—Ya está. ¡Lo tengo! —Soltó de pronto ante los demás que lo miraron sin entender.

—¿Qué pasa?

Y como un *megafón* de aquel barrio, concibiendo un plan de batalla, en este caso terrenal, prosiguió enfático:

—Lo tengo: ¡Mi viejo...el carro!

Su padre, que criaba cerdos cerca de allí, tenía un carro de madera que tiraba un viejo alazán, en el que diariamente traía en grandes tachos los desperdicios con los que luego alimentaba a los porcinos. Otras veces transportaba el pasto con el que armaba las parideras de las hembras.

La idea era un poco alocada, pero no había otra. No contaban con otros medios ni el apoyo logístico que insinuaron algunos compañeros. La orga, o lo poco que quedaba de ella en esos momentos, no podía aportarles casi nada.

Pero además el tiempo corría y era necesario retirar los chicos de allí. Llevarlos a otro lado y ponerlos a salvo porque a más no tardar al día siguiente los vendrían a buscar los milicos. Y si eso ocurría podían correr la misma suerte de Mónica.

—Vos estás loco. —Le dice *Pajarito*.

Y los demás hicieron gestos coincidentes y discutieron al respecto, pero la insistencia del *Colo* y la desesperante urgencia del caso pudo más.

AFERRADOS A LA VIDA

Alejandra subió primero, apoyándose en el pescante del carruaje, mientras el *Cuervo* alzó al *Zorrito* y lo depositó en el carro. Ambos se tiraron en el piso y se hicieron un ovillito, abrazados. El *Colo*, temblando, los tapó con el pasto, conmovido con esa imborrable escena de aquellos dos cuerpiitos frágiles.

Por un momento volvió otra vez a aquellas imágenes de su infancia, en la tele del boliche del barrio. Pero ahora era él mismo el que ocupaba el lugar de los maquis franceses y se disponía a eludir los controles que los milicos seguían diseminando en aquella ciudad extremadamente controlada.

El estado de la calle y la oscuridad de la noche complicaba el andar del carro y en esas condiciones la salida del barrio se le hizo interminable.

Los pibes iban increíblemente en silencio, cubiertos por una lona y bastante pasto.

Miles de imágenes, sin duda, debieron haber pasado de un modo vertiginoso por sus cabecitas.

Tal vez la pequeña Alejandra volvió a repasar sus años anteriores y esa forma de vida tan diferente a la de cualquier niño común, sabiendo qué temas podía hablar y cuáles no y con quien. Esos momentos que tanto solía disfrutar, que compartía con sus otros *primos*, hijos de compañeros de sus padres, con los

que no debía disimular quien era, porque todos ellos vivían de igual modo.

Quizá volvió a recordar aquellos comentarios que había escuchado de sus padres, en los tiempos más recientes, sobre “compañeros que faltaban”, o que “los habían agarrado”, o la imagen de su mami no pudiendo ocultar sus lágrimas ante las continuas desapariciones y muertes de sus compañeros entrañables, como ella les decía, y por eso ese último tiempo, a ella todo le había parecido tan caótico.

También aquella sensación de mucho temor, que a pesar de su corta edad podía apreciar en los pocos que llegaban hasta la casa, por sentirse tan aislados y casi a la espera de que en cualquier momento los vinieran a buscar también a ellos.

Posiblemente recordó a su madre tan angustiada, seguramente por el futuro de sus pequeños y aquellas caricias tan reiteradas e incrementadas durante los últimos días que quizá con el tiempo comprendería como una suerte de anticipo premonitorio de los días por venir.

Seguramente se seguía preguntando por la suerte de su hermana y de sus papás, tras ese infierno que a ella le pareció una guerra y que duró un tiempo eterno, aunque después sabría que solo duró una media hora.

Esa mezcla de imágenes que la seguían aturdiendo, como la aturdieron esa tarde aquellos gritos: “¡efectivos, efectivos!”, los ruidos de los autos y hasta de un helicóptero. Y aquellos otros gritos: “¡métanse adentro!” de la mamá de su amiguita vecina con la que estaba jugando, quien las tomó del brazo y las introdujo al interior de su casa.

Seguramente retumbaban en sus oídos aquellos gritos casi desesperados de su mamá: “¡No tiren! ¡No tiren que hay chicos, déjenlos salir!”.

Y después, ver por una pequeña hendidura, que tras una orden sale su hermana Mónica, llevando a su hermano Juan Manuel de la mano, y en sus brazos al bebé de *Pichu*. También que a Mónica le sacan los dos chicos, la apartan y la meten en un auto.

Y luego el comienzo de la balacera eterna.

Aunque ciertamente algunas otras imágenes de aquella tarde desde la casa de su amiguita de enfrente: el ruido infinito de aquel silencio final tras los disparos, el griterío posterior de tanta gente uniformada que iba y venía muy alterada, pero sobretodo esos bultos que sacaron de allí tapados con mantas, la llenaron de oscuros presagios y de una pena que la desbordaba.

Difícil ejercicio tratar de comprender a la distancia, lo que pudieron sentir y pensar en ese momento aquellas dos criaturas que lejos estaban de poder tener una dimensión de lo que en ese momento estaba sucediendo con ellos.

¿Cómo iban a saber aquellos chicos que los genocidas que habían asaltado los resortes institucionales del país y que aquella tarde habían venido a matar a sus padres y llevarse a su hermana, tenían para ellos, como para otros tantos pibes en condiciones similares, un plan perfectamente diseñado?

Un solo y macabro plan que desde los albores del zarpazo violento al país habían puesto en marcha y que los involucraba junto a sus padres.

Un plan que implicaba primero decidir sobre la suerte de los progenitores y que continuaba luego con el secuestro de los hijos, de los pibes como ellos, para entregarlos finalmente a terceros, que se apropiarían de sus cuerpos y de su identidad, arrancándoles su corta pero fundamental historia.

Un modo de arrancarlos violentamente de un sistema de parentesco, para introducirlos en otro absolutamente distinto, negando que el origen de ese nuevo vínculo con las familias

apropiadoras se construiría en base al asesinato de sus padres y su posterior secuestro.

Así era como funcionaba el sistema y nada había quedado librado al azar entre aquellos que se habían alzado en defensa de “la integridad de la Nación y del orden”, el orden de los dictadores claro está, un orden social absolutamente distinto, que enunciaron desde sus primeros comunicados.

Los verdugos se afirmaban en el supuesto origen hereditario del carácter subversivo que le atribuían a sus padres y habían decidido que era esa la forma como debían proceder con el enemigo. Era imprescindible también ejecutar el crimen filiatorio, haciendo que perdieran su identidad, dotándolos de otra distinta, proveniente de una sanguinidad ficticia. La de los asesinos o sus cómplices.

Por eso los estimulaba también el poder disponer a su voluntad de lo más preciado de sus opositores políticos, sus hijos, convertidos en una suerte de trofeos, parte del botín arrebatado a sus víctimas.

¿Cómo iban a imaginar entonces la *Tata* o el *Zorrito* que, además, en esa terrible unidad de plan y destino diseñada por los chacales y que retorció a límites increíbles su futuro, serían casi con seguridad no solo obligados a querer a sus apropiadores como a sus propios padres?

¿Acaso podrían pensar que en medio de aquellas familias, se intentaría también modelar sus valoraciones y sus ideas, impulsándolos a despreciar a aquellos derrotados?

¿Cómo podría caber en la inocencia de sus mentes infantiles semejante capacidad de aberración, de tanta crueldad?

¿Cómo entender que aquellos hombres estaban dispuestos a un regreso violento, a un descenso brutal al abismo más oscuro de la humanidad?

¿Cómo asimilar que se trataba de decisiones de seres acaso diabólicos, si a pesar de todo eran, en apariencia, simplemente seres humanos como su papá y mamá?

¿Cómo creer que podían cuestionar tan impunemente la condición humana?

¿Cómo, si ellos siempre habían oído hablar a sus propios padres de la solidaridad con los demás, de un país más justo, aun desde la mayor humildad?

¿Después de semejante crueldad alguien podría asegurar que sería posible seguir escribiéndose alguna poesía?

¿Acaso podría seguir compartiendo con el viejo Protágoras aquella idea suya de que el hombre es la medida de todas las cosas, *Homo ómnium rerum mensura est*?

¿Cuánto empeño sería necesario para seguir viviendo confiadamente en la subsistencia de las condiciones a partir de las cuales poder seguir pensando la idea de la humanidad?

¿Cómo no aventurarse a creer que aquella crueldad le robó para siempre a los hombres la idea de una civilización humana y la posibilidad misma de seguir pensando la idea de la humanidad?

O quizás preguntarse como el poeta: “¿Por qué padres del mundo, madres nuestras, habremos de servir para morir en la locura oscura de la guerra y no para vivir?”

Solo unos años después, en condiciones mucho más calmas para la reflexión, sería posible considerar que, en aquel tiempo, el sentimiento de lo diabólico se había abierto paso y alguien, entre *Cronopios y Famas*, pudo incluso animarse a concluir que “...como si por un momento hubiéramos vuelto a las vivencias medievales del bien y del mal, como si a pesar de todas nuestras defensas intelectuales lo demoníaco estuviera una vez más ahí diciéndonos: ¿Ves? Existo: Ahí tienes la prueba...”.

A salvo ya de los asesinos, a medida que fueron creciendo, rodeados del amor de sus abuelos maternos, con los que pudieron finalmente reencontrarse, aquellos pibes, ya crecidos, pudieron tomar noción de la real dimensión y significado de lo que había sucedido durante la noche oscura de la dictadura.

También con el tiempo, pudieron comprender que ese viejo y casi destartalado carruaje en el que, en medio de la oscuridad de una noche de verano los habían sacado del barrio, entre quintas y calles retorcidas, había logrado ponerlos lejos de los genocidas. Y que así lograron salvar sus vidas.

Hoy ya es toda una certeza y agradecidos, pudieron llamarlo con justicia, el carro de la vida.

ALGUNAS EXPLICACIONES

El 3 de diciembre de 1976, en plena dictadura militar, Catalina Ginder (la *Rusa*) y Hedy Rubén Santucho (*Tucho*), ambos militantes montoneros, fueron asesinados en la vivienda de la calle 138 entre 527 y el Arroyo El Gato en el barrio Las Quintas de la ciudad de La Plata.

Fue durante un operativo represivo realizado conjuntamente entre miembros de la Policía de la Provincia de Buenos Aires y tropas del Ejército.

Habían llegado a La Plata provenientes de la ciudad de Bahía Blanca, de donde debieron emigrar, porque se había ordenado la captura de *Tucho*. Desde ese día permanecen en condición de desaparecidos.

En esa oportunidad, de allí también fue secuestrada su hija Mónica Gabriela, de 13 años de edad.

Por testimonios de los sobrevivientes pudo saberse que la menor estuvo detenida en el Centro Clandestino de Detención denominado *Pozo de Arana* y también en la Comisaría 5° de la ciudad de La Plata, al menos hasta mediados de enero del año siguiente.

En mayo de 2009, en el marco de la Iniciativa Latinoamericana para la Identificación de Personas Desaparecidas llevada adelante por el Equipo Argentino de Antropología Forense, Mónica fue

identificada. El trabajo realizado por dicho equipo permitió saber que los restos de la joven fueron inhumados como NN en una fosa común del cementerio de Avellaneda entre enero y febrero de 1977. Su familia pudo de esta manera conocer el destino final de Mónica.

Las Abuelas de Plaza de Mayo dieron a conocer la resolución del caso N° 99. Doloridas, en su comunicado del 11 de diciembre de aquel año señalaron: “Lamentablemente se trata del hallazgo de los restos de la niña Mónica Graciela Santucho, desaparecida el 3 de diciembre de 1976 junto a sus padres, Catalina Ginder y Heldy Rubén Santucho, cuando tenía catorce años. Mónica es una muestra más del accionar de los genocidas que además de secuestrar y robar bebés, asesinaron niños y adolescentes que por su edad no podían ser apropiados”.

Al margen de la aseveración contenida en el último párrafo del comunicado de las Abuelas, otro de los intentos de explicar tanta saña para con una niña, semejante atrocidad, la vincula a una suerte de venganza. Habría sido a raíz de la muerte en ese operativo de un oficial inspector de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, que los medios informativos, como era habitual y reproduciendo los comunicados oficiales de los días 4 y 5 de diciembre, atribuyeron a un supuesto enfrentamiento.

En verdad, la única versión divulgada públicamente fue esa y jamás se investigó lo ocurrido con el policía. Rápidamente el jefe de la institución, el general Camps cerró el caso con un homenaje en el cementerio de La Plata cuya crónica fue recogida en un notorio artículo periodístico de la prensa local. En el acto, los represores, conjurados de ayer y condenados de hoy, reiteraron que “...como ya lo hemos jurado antes Dios y la Patria, nuestras ideas de libertad jamás serán cambiadas y más que nunca combatiremos al vil enemigo...”.

No obstante, se atribuye a un vecino haber visto que “el efectivo policial cayó antes de acercarse a la puerta y ahí empezó la balacera, o sea que lo voltearon los mismos integrantes de los grupos”. Y según otra fuente, ello habría sido confirmado por el entonces director de la Clínica La Cumbre, quien habría aseverado que “el tiro lo tenía por atrás”.

El 14 de octubre de 2009 los restos de la pequeña Mónica Gabriela Santucho fueron inhumados en el cementerio de Bahía Blanca.

Del operativo represivo del 3 de diciembre de 1976 sobrevivieron otros dos hijos del matrimonio Ginder-Santucho: Alejandra, que en ese entonces tenía 10 años y Juan Manuel, de solo dos.

Ello fue posible merced a la valentía, el compromiso y el heroísmo de quienes participaron en el episodio de rescate que relatan las líneas precedentes: el Negro Oscar Ávila, Tito o Pajarito Medina, Claudio Esteban el *Cuervito* Tolosa, y Miguel el *Colo* Gallardo. Todos ellos eran compañeros de militancia y amigos de sus padres.

El *Cuervito* Tolosa, como hoy lo recuerdan con afecto sus excompañeros, fue muerto unos días después de su valiente participación en el rescate. Fue el 20 de diciembre de 1976 en la intersección de las calles 35 y 10, en las proximidades del Hospital Español, mientras iba a una cita de control. Pese a que la noticia periodística del día siguiente dio cuenta de su identidad, fue inhumado como NN en el cementerio de La Plata. Sus restos fueron recién identificados años después por el grupo de antropólogos forenses, tras cotejar datos a partir de un archivo secreto de fichas, descubierto en la ex Dirección de Investigaciones de la policía bonaerense (DIPBA).

Alejandra y su hermano Juan Manuel, se criaron con Catalina y Miguel, sus abuelos maternos en Bahía Blanca, ciudad de la que eran oriundos y a la que regresaron un tiempo después del rescate y en donde viven en la actualidad.

Los originarios ocupantes de la casita del barrio Las Quintas, Amelia Isabel *Pichuca* Gutiérrez y Juan Carlos el *Chile* Ledesma, por su parte, luego del ataque sobre su casa, se fueron de La Plata. Se radicaron en el interior bonaerense, en la ciudad de Olavarría, en donde continuaron militando. Allí tuvieron una hija, a la que llamaron Natalia Anastasia.

Ambos fueron detenidos por una patota de civil, el 14 de septiembre de 1977, en su vivienda del barrio CECO. De allí los trasladaron y pasaron por varios centros de detención clandestina y desde aquel momento permanecen en situación de desaparecidos.

La hija más pequeña, tenía apenas ocho días y Juan Manuel un año. No fue esa la primera oportunidad que le tocó a este vivir un hecho traumático de tal naturaleza. Con tan solo tres meses, también fue uno de los niños que estuvo en el interior de la casita del barrio de Las Quintas, pero en esa oportunidad fue entregado a su abuelo Francisco Nicolás Gutiérrez, por entonces miembro de la Policía de la provincia de Buenos Aires.

Este, a su vez, el 13 de septiembre de 1977 fue detenido en Tandil y luego encarcelado y torturado. Al salir en libertad en febrero del año siguiente, fue cesanteado y se mudó a la provincia de Córdoba, donde crió junto a su esposa a sus nietos, los pequeños Juan Manuel y Natalia.

Pasaron más de treinta años hasta que los chicos sobrevivientes, hijos de *Cata* y *Tucho*, ya adultos y padres hoy, volvieron a encontrarse con aquellos jóvenes que habían logrado rescatarlos de las garras de los represores.

Fue el lunes 7 de abril de 2012, durante la sustanciación del juicio denominado Circuito Camps que se desarrolló en La Plata por ante el Tribunal Oral Federal Nro.1.

Ese día Alejandra, la *Tata* Santucho, prestó su valiente declaración testimonial, que logró, quizás sin proponérselo, alterar el

ánimo de uno de los represores allí enjuiciados, seguramente el más emblemático. El excomisario Etchecolatz, quien fuera de sí, debió ser sacado de la sala de audiencias. La mano derecha del general Camps, ese día no pudo soportar en silencio la hidalguía de las víctimas, sus relatos y empezó a proliferar epítetos e insultos varios, obligando al Tribunal a decidir un cuarto intermedio.

El reporte periodístico posterior recordó también otra escena muy particular de aquel día: “Después de declarar, Alejandra Santucho se cruzó con uno de los jueces en la parte de atrás de la sala. Mientras daba su testimonio había sacado de su cartera una foto de su hermana. Quería que los jueces miraran la cara de Mónica, que le pusieran una imagen al nombre de esa víctima del terrorismo de Estado. Al final, antes de irse, intentó decir algo sobre lo importantes que eran los juicios, pero aclaró que la Justicia demoró 35 años en llegar, que en su lugar, allí ante el tribunal, debía haber estado su abuela, pero que ahora ya estaba muerta, como se mueren también muchos genocidas antes de ser acusados. Alejandra entonces dejó la sala, y fuera de escena, en un pasillo del teatro donde se hace el juicio por los crímenes cometidos en el Circuito Camps, el juez la detuvo: *Le pido perdón -le dijo- en nombre de la Justicia*. Luego Alejandra señaló: *En el momento no le entendí, pero después advertí que me lo decía por los 35 años que habían tardado*. Y después remató con aquella frase que conmovió a todos: *...mi abuela se murió esperando... estaba segura que un día iban a tocar el timbre de casa y me decía: Vas a ver que van a venir los tres*”.

Un tiempo similar le demandó a Ale y su hermano Juan Manuel poder regresar al lugar desde donde les habían arrebatado cruelmente a sus padres y a su pequeña hermana y desde donde también habían salvado las suyas, entre las sombras de la noche, escondidos en un carro.

El regreso se produjo casi un mes después, el sábado 12 de mayo, en el marco de un acto de recordación, homenaje y denuncia organizado por ex compañeros de sus padres. Se realizó en el lugar mismo de los hechos, si bien en un escenario un tanto cambiado.

Aquella *huella*, hoy es una calle asfaltada y el barrio está bastante más poblado.

En los compañeros también el paso del tiempo dejó, sin duda, huellas diversas.

Las de sus cuerpos, ese espacio donde la historia dejó inevitables huellas y las impresas también en sus subjetividades. Esas que conviven con las otras marcas que el terrorismo de Estado ha dejado sobre la temporalidad política de la sociedad y que encuentran en la figura de los desaparecidos la expresión más siniestra.

Ese día muchos de ellos, que necesariamente habían aprendido a endurecerse, aunque como pedía el *Che*, jamás perdieron la ternura, entre largos abrazos, dieron paso a sus emociones más profundas. Muchos de ellos reconocieron también que recién ese día se habían animado a volver.

Fue un momento cargado de memoria y de mucha vocación por convertirla en historia.

Un intento de contar y recontar las historias personales, de recrear personalidades, caracteres y cualidades, en función de restituirlos como sujetos de la historia.

De traerlos nuevamente al presente, con la finalidad de sacarlos de esa oscuridad en la que pretendieron colocarlos sus asesinos y desaparecedores.

Una historia que ellos asumieron en plenitud, porque sin duda para ellos está poblada de sentidos y de plena validez.

El primero en hablar fue Miguel Gallardo, el *Colo*, el heladero y también el hombre del carro. Con su particular expresividad,

supo traer al presente sus recuerdos de aquellos episodios, como así también el de otros compañeros de aquella zona, víctimas también de la represión. Aquellos que no se fueron del barrio, porque no pudieron, al faltarles los medios suficientes para hacerlo, o porque lisa y llanamente decidieron voluntariamente quedarse y afrontar las consecuencias.

Lo hizo después Daniel Cárdenas, *Nenú*, aquel que pretendió reescribir la historia fundacional de La Plata. Con su habitual locuacidad posibilitó conocer otras anécdotas que rodearon la vida de los militantes de la zona en los momentos en que ocurrieron los episodios aquí narrados.

Y hasta logró ponerles nombre y apellido a sus sobrenombres.

Fue él también quien definió la calle 138 como una *huella*, pero también quien destacó que fue mucho más profunda la que dejaron los compañeros muertos y desaparecidos en la memoria popular. Entre sus recuerdos también hubo lugar para el *Viejo Napo*, para *Pocho* Medina, el *Pato* Noriega.

Oscar Ávila, otro de los compañeros que participaron del rescate de Alejandra y Juan Manuel, creyendo que no se iba a animar a hablar, llevó por escrito algunas líneas que reflejaron el verdadero sentido de aquel acto, que leyó con entereza y emoción a los presentes:

“Nos encontramos reunidos para homenajear a dos familias peronistas: Catalina Ginder, Rubén Santucho y su hija Mónica, al *Chile* Juan Carlos Ledesma y a *Pichu*, *Pichuca* Gutiérrez, compañeros que han dejado todo por el Proyecto Nacional y Popular sin pedir nada. Familias de trabajadores, ejemplo de lucha y militancia, mejores amigos, padres y compañeros que aquella dictadura cívico militar nos arrebató allá por el año 1976.

Hoy estamos aquí muchos de los que tuvimos la dicha de conocerlos compartiendo la lucha por un país mejor; también

aquí están presentes varios vecinos que recordarán aquel día tan trágico.

Esto no es un simple homenaje, es también una denuncia a aquel proyecto genocida que se llevó tantos compañeros. Un terrorismo de Estado que en la actualidad algunos pseudoperiodistas junto a medios, que siempre estuvieron asociados a estos asesinos, quieren hacer creer que fue una guerra. ¿De dónde una guerra?, ¿una guerra de un ejército regular y todo el aparato represivo del Estado, contra una familia de trabajadores y su hija de tan sólo 14 años?

Aquí, en este barrio, en esta calle, en este domicilio del *Chile* y *Pichu*, queda demostrado el plan sistemático homicida, cívico-militar. Pero también queremos recordar los momentos más lindos compartidos. Querida *Vieja Alicia*, como todos te conocíamos. Hoy estamos aquí, después de muchos años; algunos de los compañeros que tanto te recordamos, está el Baluarte Molina, *Nenú*, ¿te acordás? Aquel pibe que tuviste en tu casa *Tucho*. Está el *Babi*, el de la gloriosa JP, el *Metra*, entre otros, también Enrique Ferrari, que ahora es escritor ¡mama mía! el *Colo* Miguel que vendía helados, ¿te acordás del *gorrión*, *pajarito*?, está aquí, a mi lado, y también Claudio Esteban Tolosa el *cuervo*, que si bien hoy no está presente físicamente, desde algún lugar nos acompaña. Además están muchos jóvenes que todavía no tuve la oportunidad de conocer, pero que tienen la misma alegría que tenías vos, los mismos ideales, las mismas ganas de militar y construir un país más justo. ¿Y cómo no iban a estar Manuel y Natalia los hijos del *Chile* y *Pichu*?, sí Manuel el bebé, el que Moni sacó de la casa, y por supuesto están tus hijos: Alejandra y Juan Manuel. La *Tata* que está grande, la vi el otro día declarando con la misma valentía de ustedes en el juicio por la memoria, verdad y justicia, así que hoy la tenemos con mucho honor y orgullo aquí entre nosotros. De cómo salieron

los chicos: ¿la *Tata* y el *Zorro*? No lo sé, sólo sé que fue como un cuento; una madrugada, un *negro*, un *colorado* y dos *pájaros* (un *cuervo* y un *gorrión*), en un viejo carro de verdulero tirado por un alazán, se lo devolvieron a su abuela allá en Bahía, como vos nos pediste. Tardamos 36 años, pero volvimos al barrio a estar presentes. ¡*Vieja, Tucho*, hasta la victoria!”

Oscar Ávila, recordemos, no había concluido su escolaridad primaria. Fue después de casi treinta años, que de la mano de su militancia sindical en la UOCRA de La Plata, retomó sus estudios y finalmente pudo terminarla. Hoy se enorgullece de ello y todos con él, porque gracias a ello pudimos disfrutar de su brillante relato, que hace honor a los compañeros caídos.

Algunos achaques de su salud y una conmovedora emotividad no le permitieron a *Tito* Medina decir lo suyo, aunque allí estuvo presente, como un árbol añoso, pero entero y firme, como lo estuvo aquella noche de diciembre del 76 haciendo el aguante para que *Alejandra* y el *zorrito* pudieran eludir el cerco de los represores. Esa tarde se sumó para recordar y homenajear también a sus viejos compañeros, llevando incluso sobre sus hombros la memoria de su propio hermano, *Pocho*, asesinado en el 74 por la patota de las tres A. Y como si allí estuviera, aunque los había dejado un tiempo atrás, al lado de *Tito*, junto a él, como siempre lo estuvo, todos sintieron, aunque más no fuera por un instante, la presencia imborrable de la querida *Mary*.

También *Enrique Ferrari*, bahiense como los *Santucho*, ex compañero de militancia allá en el sur, y corrido también para estos lados, quien los recordó, afectuoso y emotivo, con un poema del que es autor.

Babi Molina, uno de los fundadores de la JP platense, acompañó también con una evocación del rol que le tocó cumplir a esa camada juvenil del peronismo en los 70, a la que recordó como

una generación con ideales, convicciones profundas, voluntad, compromiso y entrega.

La presencia esa tarde del Fiscal Hugo Cañón, presidente de la Comisión Provincial de la Memoria y un referente ético de vida y en el ejercicio de la magistratura planteó con ese, su modo tan pausado, la importancia de actos como esos para el sostenimiento de la memoria de los pueblos. Del mismo modo reivindicó el esfuerzo de una sociedad que posibilitó que se avanzara en el inicio y prosecución del juzgamiento a los responsables del terrorismo de Estado.

Mezclados entre los participantes y completando el núcleo de *sobrevivientes* de la militancia barrial, estuvieron también la Flaca Norma Benítez, el Gordo Quique, (que ahora firma con dos K), Jorge Asuaje, Marcelo y el Negro Molina.

También Araceli, hermana de Isabel la *Pichu* Gutiérrez. Con su particular historia al hombro, su propio cautiverio durante la dictadura y su lucha infatigable por el esclarecimiento y aparición de su hermana y cuñado. Pero junto a tantas cosas del pasado, su renovado compromiso del presente en la defensa y promoción de los derechos de los pibes que más necesitan, a los que con tanto esmero siguió brindando amor y contención en su pequeño hogar, que decidió bautizar con el nombre de su hermana, para recordarla permanentemente.

Un pasaje de su testimonio ante el Tribunal Oral Federal Nro.1 de La Plata, sirvió para mostrar en plenitud su tremenda humanidad. Fue cuando luego de reflejar con entereza y en el caso de su persona, el modo como la represión se ensañó con familias enteras, entre lágrimas, recordó "... algo que para muchos puede parecer insignificante... la patota que se llevó a mi hermana les robó también unas latitas de leche Nido que estaban decoradas y pintadas con flores. Es terrible, pero creo que eso desnuda la miseria más profunda de alguna gente..."

Finalmente, en línea con la epopeya del rescate, de aquel gesto heroico de un puñado de valientes, realizada en medio de una casi absoluta precariedad de medios, con los recursos y la logística que el propio barrio proveyó, el acto del 12 de mayo tuvo esa particularidad despojada y simple de los hechos que se piensan y realizan también con mucha humildad, pero desde lo más profundo del recuerdo y los afectos.

Un acto que representó todo un reconocimiento y una recordación a la militancia política. A todas y a todos. Pero en este caso en particular, un impostergable reconocimiento a la militancia barrial, a la que supo, desde aquellos verdaderos fortines emplazados en la periferia de La Plata, desplegar su convicción en la necesidad de abatir un orden injusto y construir una sociedad más justa. A esa que por convicción o porque no tuvo otra oportunidad -ello no le quita mérito alguno- se quedó en ese mismo escenario a seguir resistiendo.

De allí también la profunda contagiosa emotividad del encuentro.

Esa tarde escuché a Alejandra, desde su militancia actual en H.I.J.O.S. reconocerse y así poder hablar en nombre de los descendientes de miles de hombres y mujeres que creían que la militancia y el compromiso con un proyecto de vida eran el camino a seguir para construir un futuro para todos.

En la firmeza de sus palabras, pudimos sentir la resonancia, una y otra vez, de la serena esperanza de quienes supieron revertir su más profundo dolor para ponerlo en función del reclamo de verdad y justicia. Y convertir esa demanda en una razón fundamental de su vida y de su militancia.

También, entre emocionada y agradecida, o las dos juntas, supo reconocer la valentía, el compromiso y la enorme solidaridad de los compañeros de sus padres. Admitir que, si en ese momento ellos estaban allí, era precisamente por su heroísmo.

Finalmente, nos hizo conmover cuando señaló que efectivamente, aquel humilde medio de transporte, ese desvencijado carruaje que era todo lo que había en el barrio, se convirtió en el más eficiente pasaporte a la vida. A la posibilidad de conservar su vida, algo que los genocidas no les permitieron a sus padres y tampoco a su hermanita.

Y que por todas esas razones para su hermano y para ella, aquel había sido “el carro de la vida”.

PALARAS FINALES

Durante bastante tiempo tanto aquel acto de recordación y fundamentalmente el trágico episodio al que se vinculaba, circunstancias que verdaderamente me impactaron, quedaron dando vueltas en mi cabeza y resonando con particular sonoridad.

Fue por eso que un día me propuse escribir al respecto. En el transcurso de tiempo en que fui elaborando estas líneas a partir de inestimables aportes testimoniales, se produjo un hecho fundamental.

Un tribunal de la democracia, condenó a los mayores responsables por el ejercicio en nuestro país de “una práctica sistemática y generalizada de sustracción, retención y ocultamiento de menores de edad, haciendo incierta, alterando o suprimiendo su identidad, en ocasión del secuestro, cautiverio, desaparición o muerte de sus madres en el marco de un plan general de aniquilación que se desplegó sobre parte de la población civil con el argumento de combatir la subversión, implementando métodos de terrorismo de Estado durante los años 1976 a 1983 de la última dictadura militar”.

La Justicia argentina consideró aquellos crímenes como imprescriptibles, por ser delitos de lesa humanidad. Y mediante una síntesis muy precisa, dijo lo que aún faltaba decir desde el juicio a las Juntas de Comandantes.

El fallo, lo dijo tal como desde entonces fue reclamado en lucha incansable por las Abuelas de Plaza de Mayo y también de la militancia de H.I.J.O.S.: se trató de un único plan, que eliminó a los padres y se apropió de sus hijos, en este caso también de modo sistemático y no mediante episodios aislados de algunos cuadros intermedios, como alegaron los genocidas.

Así lo entendió uno de aquellos hijos recuperados, cuando dijo: “no les alcanzó con matar a nuestros padres, sino que también tenían que quedarse con nosotros y criarnos como ellos querían, pero gracias a las Abuelas, a las Madres, a los familiares que nos buscaron siempre podemos estar acá”.

Y en línea con aquel pensamiento también otro, convencido ya de mucho antes, pudo finalmente afirmar: “Yo no necesitaba que la Justicia me confirmara que hubo un plan sistemático de robo de bebés, porque yo soy una prueba viviente de ese delito atroz. Muchos de los nietos restituidos nos conocimos de chicos. Sabíamos bien que no éramos casos aislados”.

Y también el fallo fue mucho más allá al incluir a otros niños que aún permanecen en condición de desaparecidos y continúan buscándose, como se buscaron todos los que hasta ahora se han logrado recuperar y que en estos días son ciento treinta y dos.

Entonces ya no se podrán alegar errores, excesos o episodios individuales, como tampoco nadie jamás podrá volver a hablar de locas para referirse a las queridas Madres y a las Abuelas de Plaza de Mayo.

Tampoco nunca más se podrá volver atrás.

Se trató de un fallo ejemplar, que aunque largamente esperado, desde los momentos iniciales, cuando todo parecía muy

difícil y hasta casi imposible, sirvió también para confirmar, tal como lo afirman los H.I.J.O.S. y como se encargó de recordarlo Alejandra “Lo imposible solo tarda un poco más”.

Por eso fue también un verdadero acto de justicia.

Ahora, ya terminado, este trabajo no solo intenta describir un episodio, un caso de los miles que conformaron el genocidio sufrido por el pueblo argentino durante la última dictadura militar, con su secuela de muertos y desaparecidos. Por eso he considerado apropiado llamarlo texto/homenaje, tratando fundamentalmente de aportar a perpetuar el recuerdo de un puñado de argentinos, que como tantos a través de nuestra historia, decidieron no darle la espalda a la inequidad social.

Jóvenes que en lo mejor de su existencia, aun en condiciones extremadamente adversas, con los pocos recursos que tenían a mano, se propusieron combatir un orden injusto para tratar de construir una sociedad más justa y solidaria y en el intento no solo comprometieron aquel presente personal, sino que hasta se jugaron la propia vida. Hombres y mujeres que, como señaló Eduardo Galeano, fueron mutilados “en sus legítimas ganas de que mañana no sea otro nombre de hoy”.

Argentinos que, recordando lo que alguna vez se dijo respecto de uno de ellos, pero que los comprende a todos, tenían empecinada voluntad de Patria. Y allí, en donde las condiciones de vida son más duras, en esa geografía preñada de carencias, en los distintos barrios de la periferia, allí de donde no se podían ir, porque tampoco podían optar por irse de un lado a otro, soportaron estoicos la militancia política.

También estas líneas pensando en ellos, están escritas por la construcción de mucha más Memoria, Verdad y Justicia.

Jorge Alessandro

ÍNDICE

PRÓLOGO de Matías Moreno	7
PRÓLOGO de Julián Axat	11
Aquellas rabonas.....	13
La casita	19
Fortines peronistas	25
Nuevos moradores.....	37
Resistir es vencer	47
Pronóstico equivocado	55
Reunión bajo el puente	63
Al rescate	75
Aferrados a la vida.....	83
Algunas explicaciones.....	91
PALABRAS FINALES.....	105

Axel Kicillof
Gobernador de la Provincia
de Buenos Aires

Verónica Magario
Vicegobernadora de la Provincia
de Buenos Aires

Julio Alak
Ministro de Justicia y Derechos Humanos
de la Provincia de Buenos Aires

Matías Moreno
Subsecretario de Derechos Humanos
de la Provincia de Buenos Aires



colección
**Narrativas
de la Memoria**

Otros títulos de la colección:

Sueños de un campeón, Miguel Sánchez

Padre Nuestro, Gonzalo Chaves

El carro de la vida

Texto homenaje

“En **El carro de la vida** Jorge Alessandro recupera la memoria de los que no están pero también da cuenta del contexto de aquellos años, de la militancia y la solidaridad, de héroes anónimos de carne y hueso que salvaron vidas arriesgando la propia.

Estas historias permanecen en la memoria de las y los bonaerenses, y por ello es tarea del Estado provincial promover, recuperar y difundir esa memoria. Sobre todo en estos momentos, en que estamos cumpliendo 40 años de democracia. Porque un pueblo con memoria es democracia para siempre”.

Matías Facundo Moreno

Subsecretario de Derechos Humanos de la provincia
de Buenos Aires

